

ANTONIO S. PEDREIRA

INSULARISMO

ENSAYOS DE INTERPRETACION
PUERTORRIQUEÑA

PUERTO RICO EDIL
SAN JUAN, PUERTO RICO

1968

Esta obra forma parte de la colección Obras de Antonio S. Pedreira. La colección consta de siete tomos:

Tomo I Aristas

Tomo II Hostos Ciudadano de América

Tomo III Insularismo

Tomo IV El Año Terrible del 87

Tomo V El Periodismo en Puerto Rico

Tomo VI Aclaraciones y Críticas

Tomo VII La Actualidad del Jíbaro

Curiosidades Literarias de Puerto Rico

De los Nombres de Puerto Rico

© "Propiedad de Marietta Negron Vda. de Pedreira. No se permite la reproducción total o parcial sin el consentimiento escrito de la propietaria y el editor".

Impreso y hecho en México

Printed and Made in Mexico

A

MARIETTA NEGRON DE PEDREIRA

I

LA BRUJULA DEL TEMA

ESTAS páginas carecerán del tono admirativo que nuestra complacencia ha creado para medir la realidad puertorriqueña. No son producto de un análisis científico, sino que sin pretensiones bastardas y respondiendo a un personal desasosiego, con raíces en la inquietud contemporánea, fueron surgiendo de la concatenación de hechos y actitudes sometidos a la más pura y desinteresada meditación.

No pretendo que las observaciones que para mí son ciertas lo sean para los demás. En ellas tal vez trafiquen contradicciones internas y visibles repeticiones que nacen de la misma vitalidad del problema que abordamos. Voy buscando, intuitivamente, la significación oculta de los hechos que marcan la trayectoria recorrida por nuestra vida de pueblo. No se me escapan los posibles deslices de apreciación que inevitablemente nos llevan a erróneas conclusiones. Como no perseguimos hacer historia, ni ciencia, ni labor de expertos a base de estadísticas, nuestros íntimos reparos han quedado vencidos por nuestra buena fe. Estas páginas, pues, no aspiran a resolver problema alguno, sino más bien a plantearlo. Constituyen una de las varias posiciones que pueden adoptarse frente a un tema.

A la larga, el tema responde a un ¿cómo somos? o a un ¿qué somos? los puertorriqueños globalmente considerados. Intentamos recoger los elementos dispersos que laten en el fondo de nuestra cultura, y sorprender los puntos culminantes de nuestra psicología colectiva. Pero téngase en cuenta que si es difícil definir a un solo hombre, por las múltiples facetas que entran en su personalidad, es mucho más difícil definir a un pueblo. La dificultad sube de un punto cuando se intenta, como en este caso, definir un conjunto de seres que todavía no ha podido delinear a gusto su vida colectiva.

Hemos vivido atados a una interpretación optimista y estéril de la historia, de donde arranca el soberbio defecto de creernos el non

plus ultra de los pueblos antillanos. Seguidores entusiastas del patriotismo retórico, hemos dado en ocultar mañosamente el sentido peyorativo a que necesariamente han de arribar ciertas reflexiones honradas. Para sorprender en su pura sinceridad las manifestaciones espontáneas de nuestra conciencia es fuerza merodear por el extrarradio de la historia oficialmente escrita, y sorprender las actitudes básicas que inevitablemente escaparon por su inocencia, a la pluma del historiador gubernativo. De esas excursiones periféricas y de esos momentos derramados con ingenuidad en el expedienteo profesional hemos de sacar las conclusiones de nuestra individualización.

Es hora de acabar con la idolatría servil que tiende a definir nuestra personalidad, apoyada en perfecciones logradas que no han pasado de aspiraciones. El curso de la costumbre es afirmar nuestras virtudes, como si realmente hubiésemos colmado la medida de ellas. Lo que debiéramos y queremos ser dista mucho de lo que hemos sido y por ahora somos. Para el que se preocupa en definir un pueblo indefinible que tiene en su delirio de grandeza el deseo de ocultarse a sí mismo y a los demás sus yerros y defectos es necesario, como compensación, acentuar un poco sus debilidades, a fin de que sean juzgadas imparcialmente en su justo medio. Sin vacilación ni desaliento y proveyendo margen para las equivocaciones dejamos a la deriva la música cordial del tropicalismo, que sólo exalta valores positivos, sin fijarse en que no han rebasado la categoría de anhelos.

El aplauso provoca sana conformidad, rutina y vanagloria. El pesimismo y la duda son fuerzas vitales que mueven a examen de conciencia. La discusión aclara el razonamiento y suele empujar los propósitos de enmienda. Decía Rodó que "... Hay pesimismos que tienen la significación de un *optimismo paradójico*. Muy lejos de suponer la renuncia y la condenación de la existencia, ellos propagan, con su descontento de lo actual, la necesidad de renovarla". La amargura que pueda destilar este ensayo va saturada de esperanzas de renovación.

Hasta la fecha se suele medir el volumen de nuestras cualidades desde el plano inestable de la política. El punto de vista ha oscilado de acuerdo con la movilidad de su base. Nuestra política se ha desenvuelto trágicamente en anhelos de mayor utilidad y participación. Lo utilitario, lo necesario, lo aprovechable, han sido normas de todos los partidos. Y como respiramos política y vivimos política, y en la

escuela, en el teatro, en el periódico, en la tertulia, en el oficio, en todas partes el tema obligado e invariable es el político, hemos desarrollado una actitud electoral para medir las cosas. Esta actitud varía con las circunstancias. Ayer no más, ser político era un deber patriótico; hoy es una profesión. Compárese la política del siglo XIX con la del siglo XX y se verá el salto que ha dado de principio a oficio, de sacrificio a medro, de esfuerzo a logro. Antes dominaba un espíritu de programa; ahora, un interés personal, un privilegio oculto en cada paso. Sin soslayar la sustantividad de nuestra política tenemos que rechazar los flujos y reflujos de la última hora como punto de apoyo para una imparcial apreciación del problema que nos ocupa. El rebozo en el mar es transitorio aunque venga del fondo.

Tampoco puede dar la medida de nuestras cualidades el salto inesperado de una dominación a otra en que se acentúa la comparación del progreso en ambas épocas. "Las gentes frívolas —ha dicho Ortega y Gasset— piensan que el progreso humano consiste en un aumento cuantitativo de las cosas y de las ideas. No, no, el progreso verdadero es la creciente intensidad con que percibimos media docena de misterios cardinales que en la penumbra de la historia laten convulsos como perennes corazones". Averigüemos si existen para nosotros esos misterios y cuál es su sentido. O al menos tratemos de poner a flote la esencia de nuestro carácter. "Dominado todo el mundo —dice Araquistáin en *La Agonía Antillana*, con relación a Puerto Rico— por la preocupación política, son pocos los que tienen solaz para interesarse en la esencia de la vida y de las cosas". Nuestro deseo es penetrar en esa esencia.

En esta aspiración de construir analíticamente la armonía de nuestro carácter han surgido en el tema constantes evasivas que hemos tenido que acorralar atendiendo principalmente a las revelaciones que pueden formar regla. La complejidad del asunto precisa rechazar excepciones que, por numerosas, intentan abrumar con dudas la necesidad de la síntesis. Bien sabemos, y hasta lo deseamos, que muchas de estas evasivas quedarán rondando el comercio mental de los lectores para provocar la disidencia. De atender al imperativo del escrúpulo no hubiéramos escrito estas páginas.

Y ya que puntualizamos el rumbo que ha de llevar nuestra interpretación conviene también aclarar lo que aquí entendemos por

cultura. Referencias simples suelen abroquelarse en la cómoda e insuficiente definición que hacen de la cultura asunto privativo del saber o de la moral. Creemos con Ludwig Pfandl que la "cultura no significa *Suma* o *Síntesis* de todos los compuestos espirituales o civilizados, sino más bien el mundo exterior, el ambiente que Carlos Justi llamaba hermosamente el éter de las cosas". El repertorio de condiciones que dan tono a los sucesos y cauces a la vida de los pueblos; esa peculiar reacción ante las cosas —maneras de entender y de crear— que diferencia en grupos nacionales a la humanidad es lo que entenderemos aquí por cultura. Más que adelanto es intensidad vital.

Para definir sin grandes errores ese ritmo cósmico del problema y señalar en él la sintaxis de la capacidad puertorriqueña no hay que perder de vista esas zonas de cualidad cuantitativa en que suele dividirse la cultura: universal, nacional e individual. Oswald Spengler en su discutida obra *La Decadencia de Occidente*, divide la primera en dos grandes estadios: la cultura antigua de alma apolínea y la occidental de alma fáustica. Serenidad e inquietud la diferencian. Dentro de estos términos tan amplios, España no es más que una actitud en la escala de la cultura occidental, y nosotros un gesto americano de la cultura de España. Y este aspecto nacional es el que nos interesa. Aun reduciendo la complejidad del asunto a términos tan simples no resulta fácil la captación de nuestro ademán, porque no podemos prescindir en nuestros días del gesto anglosajón que a través de los Estados Unidos se va filtrando lentamente en nuestra esencia hispánica.

Yo veo tres momentos supremos en el desarrollo de nuestro pueblo: el primero, de formación y acumulación pasiva, que empieza con el descubrimiento y la conquista y termina en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX; el segundo, de despertar e iniciación, que empalma con el anterior y cierra con la guerra hispanoamericana y el tercero, de indecisión y transición en que estamos. Así pues, en el primer momento, no fuimos otra cosa que una fiel prolongación de la cultura hispánica; en el segundo empezamos a descubrir un ademán independiente dentro de aquélla, y en el tercero hemos querido continuar su desarrollo, pero con la modificación de un nuevo gesto de la cultura occidental (el sajón) superpuesto a su crecimiento. No me interesa, por ahora, discutir el resultado de este último injerto sino

señalar la discontinuidad de nuestra íntima evolución, que no llegó a madurar plenamente.

Tuvimos nacimiento y crecimiento pero no renacimiento. Salimos de una trasplatación y nos metimos en otra sin acabar de diseñar nuestro ademán, que no hemos perdido por completo, pero que se encuentra transeúnte en el momento histórico en que vivimos. Y esto que llamamos nuestro ademán —sin reclamar para él paridad con el gesto hispánico o anglosajón dentro de la cultura occidental sino más bien reconociendo siempre la supeditación, por ahora, al primero— es lo que constituye el único motivo de preocupación de lo que aquí llamamos insularismo. Todo el sistema de condiciones en que históricamente flota es lo que aquí entenderemos por cultura puertorriqueña.

Si de esta manera aislamos el concepto de su dependencia internacional tropezamos inmediatamente con que el acarreo hispánico es infinitamente superior a lo creado: no hemos hecho una lengua, ni un arte propio, ni una filosofía nacional. Nos ha faltado como a tantos pueblos, además del aprovechamiento del elemento indígena, la interpretación suntuaria de la vida, el salto a lo abstracto que es prueba de solidez y madurez de pueblo. Nosotros fuimos y seguimos siendo culturalmente una colonia hispánica. Y sin embargo, dentro de la armonía de nuestra raza, tenemos un comienzo de ritmo particular que si en realidad no ha llegado a manifestarse con plenitud de primer plano, ha conseguido diferenciarse un poco, como en otros pueblos, del orden general que España creó en América.

Tómese este esfuerzo preliminar como gavilla de reflexiones provisionales encaminadas a elaborar de primera intención algunos datos que me parecen imprescindibles para definir al pueblo puertorriqueño. Cualquier desmembración resultará en perjuicio de su totalidad. Nadie espere los remedios que no puedo ofrecer. Yo no soy alienista. Mi propósito es más bien señalar los elementos dispersos que pueden dar sentido a nuestra personalidad. Para responder a la preguntas que insistentemente quebrantan mi reposo he escrito este ensayo personal, cosido en el deseo de abolir las renovaciones teóricas. En vez de remendar los andrajos de la patria con hilo de lamentaciones o parches de indiferencia yo vengo a proponer que la ataviemos pulcramente con nuestros deberes.

Este libro, pues, trata de recoger el ritmo vital que nos define.

Al hacer una lectura de conjunto para escribir este prólogo, he notado que muchas ideas yerguen su muñón sin adquirir completo desarrollo. Están como semillas recién sembradas esperando que el lector las haga reventar.

Me amparo en el ensayo, porque como la misma palabra indica, es un género dúctil donde se empiezan muchas cosas y no acaba ninguna.

A. S. P.

II

BIOLOGIA, GEOGRAFIA, ALMA

9139

1.—EL HOMBRE Y SU SENTIDO

CUANDO la sangre europea vino a bautizar cristianamente al Boriquén indígena, "la isla, en 1509, bajo las órdenes de Juan Cerón, estaba tan poblada de indios como una colmena, y tan hermosa y fértil que parecía una huerta", según afirmación de Iñigo Abbad, nuestro primer historiador. De su organización primitiva heredaron nuestros campesinos el bohío, la hamaca, la tinaja, las higüeras... mas no la bravía independencia guerrera que los lanzaba a expediciones arriesgadas fuera del Boriquén. En el año 1511 se sublevaron los aborígenes que no pudieron someterse a los conquistadores y en pocos años quedaron reducidos por la explotación y las enfermedades en cantidad considerable.

Para contrarrestar su merma y su incapacidad para el trabajo rudo se introduce en la isla por Real Cédula de 1513 el elemento africano; el negro rendía la faena de cuatro hombres y al entrar en nuestra formación racial esta tercera categoría etnológica, se crea, con la esclavitud, uno de los magnos problemas sociales que arrancará más tarde viriles protestas y esfuerzos incansables a nuestra gestante conciencia colectiva. El elemento español funda nuestro pueblo y se funde con las demás razas. De esta fusión parte nuestra con-fusión.

Exterminada paulatinamente por las plagas y sometimiento la raza indígena, que a los pocos años de la conquista dejó de ser factor importante en el cruzamiento, quedaron frente a frente absorbiendo con ímpetu los restos del elemento indígena y prolongándose aisladas o combinadas las dos razas invasoras con fondo y disposiciones psicológicas en pugna. La raza superior que daba inteligencia y el proyecto y la llamada raza inferior que aportaba obligatoriamente el trabajo ofrecían características de difícil casamiento. Entre ambas mediaba

la distancia que separa al hombre libre del esclavo, al civilizado del bárbaro, al europeo del africano. La raza blanca era legislativa, la negra ejecutiva; una imponía el proyecto y ordenaba; la otra ofrecía el brazo y obedecía; mientras la europea era dueña de vidas y haciendas la africana no podía disponer ni siquiera de sus sentires. Tampoco tenía que preocuparse por nada, ni pensar en cosa alguna, ya que la raza mandataria se ocupaba de pensar por todos, conservando de esta manera su fuerza moral sobre el conjunto. En el fondo de nuestras maneras actuales, gran parte de la muchedumbre puertorriqueña aún tiene hipotecada su íntima libertad personal.

Estos dos troncos primarios conservan su pureza racial en los primeros tiempos de la colonización, sirviendo de barrera entre ambos el menosprecio del europeo hacia el africano y el resentimiento de éste hacia su dueño. El rencor fronterizo no fue infranqueable. Los escrúpulos fueron vencidos ante la presión de uno de los extremos del elemento hispánico, que obedecía al principio de la raza que funda, se funde y se confunde. Los colonizadores se dividían en claras parcelas sociales teniendo por extremo superior a la nobleza, titulados y gobernantes y por límite inferior al pueblo y a la soldadesca con deberes, derechos y privilegios muy disímiles. Si bien es verdad que los primeros querían mantener a toda costa la pureza de sangre que les garantizaba honores, privilegios y exclusivismos jerárquicos, no es menos verdad que los plebeyos blancos no mantuvieron escrupulosamente su nivelación social y poco a poco fueron mezclándose con la raza negra que nunca ha logrado entre nosotros supremacía de población sobre la blanca.

Cuando en el siglo XVIII desaparece casi totalmente el ya apagado elemento indígena quedan en exclusiva función etnológica el blanco y el negro, alimentando el viejo cruzamiento del cual salió el *mestizo*.

Luchan en el mestizo dos razas antagónicas de difícil conjugación y opuestas culturas. Entre una, que es la superior, y la otra, que es la inferior, el *mulato* será siempre elemento fronterizo, participante de ambas tendencias raciales que acrecentará más o menos de acuerdo con el tipo que escoja para un segundo enlace: el mestizo, el blanco o el negro. El mulato, que combina en sí las dos últimas y generalmente no suele ser una cosa ni la otra, es un tipo de fondo indefinido y titubeante, que mantiene en agitación ambas tendencias antropoló-

gicas sin acabar de perfilarse socialmente. Vive del presente inmediato, defendiéndose de todos y de sí mismo, sin volcar pautas en el ambiente, prudente e indeciso, como el hombre que se encuentra cogido entre dos fuegos. Necesita una mayor cantidad de reservas de una u otra raza para resolver su situación. Es hombre de grupo que colabora y no crea, que sigue y no inicia, que marcha en fila y no es puntero. Por lo general, carece de fervores para ser capitán.

Del cruzamiento de españoles puros que en la isla luchaban desventajosamente contra las enfermedades y el clima, nació el *criollo*, paliducho y ágil, que al través de algunas generaciones pudo asimilar con utilidad los rigores del trópico. De aquí proviene mayormente nuestra gran masa campesina, hombres de la altura, que a fuerza de luchar con la inclemente naturaleza, ha desarrollado una admirable resistencia física, casi inmune a las mismas enfermedades que tantos estragos causan a los europeos. Asombra pensar en este tipo criollo, curvado de sol a sol sobre la azada, con su vida tendida a la intemperie, azotada de privaciones y uncinariacis y resistiendo siempre, no obstante su deficiente alimentación. Es tipo que también vive del presente, que trabaja obligado por la necesidad, que recurre al juego esperando acaparar en un momento los recursos que cree incapaz de obtener con persistente laboreo. Dádivo y cordial, hospitalario y fiestero, ha tenido que refugiarse en la astucia para protegerse del atropello de la zona urbana y de la negra competencia de la costa. Nuestro jíbaro es por naturaleza desconfiado y esquivo, y aunque de suyo benévolo, generalmente es receloso y astuto. Harto de ofrecimientos no cumplidos y de promesas no logradas ha tenido que recurrir a su vivaz ingenio para poner vallas a fraudes y desmanes pueblerinos. Desesperanza y desconfianza las supo recoger magistralmente nuestro poeta criollo, Luis Lloréns Torres, cuando en un arranque de precisa definición psicológica escribió esta décima:

Llegó un jíbaro a San Juan
Y unos cuantos pitiyanquis
Lo atajaron en el parque
Queriéndole conquistar.
Le hablaron del Tío Sam,
De Wilson, de Mr. Root,
De New York, de Sandy-hook,

De la libertad, del voto,
Del dólar, del hábeas corpus
Y el jibaro dijo: Nju.

Todavía no se ha hecho una interpretación filosófica del jibaro y no es ésta la ocasión de malograrla. Cuando se intente, habrá que subrayar sus vicios y virtudes y su peculiar reacción frente a la vida.

El criollo, pues, y el mulato, se han aclimatado perfectamente a nuestro suelo. Este último, que lleva en la sangre resistencia africana, al cruzarse de nuevo con el negro produjo otro tipo intermedio, el *grifo*, de más recia complexión y atrevimiento que ningún otro producto etnológico puertorriqueño y que ha ido adueñándose de las faenas rudas de nuestras costas y centrales. Vivaz y activo, predominan en él la fuerza del negro y la inteligencia del blanco, nunca bien balanceadas. Cuando en esas rachas de bilis oímos a alguien la frase tan común de "grifo parejero" van subrayadas en el insulto ambas características. Decidido y vehemente lucha el grifo desde el fondo de su conciencia por un pleno reconocimiento de sus facultades y por un tratamiento igualitario que le asegure su parte de oportunidad en la vida. En él hay una actitud subconsciente de reivindicación del esclavo. El mulato no se decide a tanto: es demasiado armónico para caer de un lado. Por el contrario el grifo con la poca sangre blanca que abona su derecho aspira y ambiciona y su resentimiento encuentra válvula de escape en la democracia. Y como su tendencia es la de equipararse al blanco, unas veces se prepara para la lucha y otras simula la preparación que pone en tela de juicio con su parejería. Así pues resulta un elemento animador en unos casos y perturbador en otros.

Cuando uno de estos elementos logra romper esta observación totalitaria suele subir muy alto y consigue el respeto y el cariño a que es acreedor por sus excepcionales condiciones. Nuestro deber es triba en una amorosa comprensión de todas las clases que auténticamente valen, sin alimentar ese horrendo y bestial sentimiento de los prejuicios sociales. Téngase en cuenta que en un gran por ciento de nuestra población, los tipos no quedan separados en visibles parcelas, sino fundidos sólidamente en cada hombre, de tal suerte, que los rasgos característicos de cada tipo se matizan y apagan en el crisol del blanco, borrándose casi por completo el punto de partida.

En estos casos indecisos el atavismo trabaja tan lentamente que nadie puede sospechar la existencia de una guerra civil biológica en determinados miembros del árbol genealógico. He aquí el *no man's land* de nuestra vida social y una nueva razón para mantener en beneficio de todos una diplomática cordialidad.

Cabría aún hablar del tipo contrario al del grifo, y de otras subclases cuyo refinamiento nos llevaría muy lejos. Si este intento de clasificación se llevara a sus últimos alcances, mayores observaciones harían más evidente nuestra interpretación. Pero no es necesario apurar más el tema. Repose nuestro intento en el señalamiento de las tres tendencias raciales que son básicas en nuestra psicología y las dos o tres derivaciones primarias que por cruzamiento de ellas provienen.

Descartando el elemento indígena por mermado y pretérito, el negro y el blanco con sus curiosos cruces posteriores darían mucho que pensar sobre nuestra inaprensible psicología colectiva. Certeramente vio el problema Fray Iñigo Abbad cuando en el siglo XVIII dijo con referencia a nosotros: "Verdad es que mirados en globo y sin reflexión se nota poca diferencia en sus cualidades y sólo se descubre un carácter tan mezclado y equívoco como sus colores". Así, mezclada y equívoca, es nuestra psicología.

En el fondo de nuestra población encontraremos sin ardoroso empeño una pugna biológica de fuerzas disgregantes y contrarias que han retardado la formación definitiva de nuestros modos de pueblo. El señor y el peón que viven en nosotros no logran limar sus asperezas y aparejamos a nuestra condición de amos la triste situación de inquietos perpetuos. La firmeza y la voluntad del europeo retienen a su lado la duda y el resentimiento del africano. Y en los momentos más graves nuestras decisiones vacilan en un ir y venir sin reposo buscando su acomodo. Nuestras rebeldías son momentáneas; nuestra docilidad permanente. En instantes de trascendencia histórica en que afloran en nuestros gestos los ritmos marciales de la sangre europea somos capaces de las más altas empresas y de los más esforzados heroísmos. Pero cuando el gesto viene empapado de oleadas de sangre africana quedamos indecisos, como embobados ante las cuentas de colores o amedrentados ante la visión cinemática de brujas y fantasmas.

Somos un pueblo difícil de complacer porque somos difíciles de comprender. No aseguro yo que todo provenga de esta diversidad de

troncos y cruzamientos raciales sino que un punto de partida para interpretar nuestro carácter "tan mezclado y equívoco", es la variedad de reacciones que responden a secretos estímulos biológicos. Estas fuerzas repelentes que se desgastan en incesante choque invisible empañan el panorama de nuestras aspiraciones y prenden sus nebulosas en nuestros turbios propósitos, lanzando a cada uno por su lado sin poder hacinarnos ante la historia en un frente inexpugnable. Unos hombres llamados dirigentes, con meros gestos tribunicios cambian de la noche a la mañana los programas políticos, nos unen (y desunen) a partidos de plataformas antagónicas y todos permanecemos impávidos con la clásica mansedumbre del cordero de nuestro real escudo. La gota de sangre india que aún corre en nuestras venas se subleva un instante para ser sofocada por el ímpetu conquistador o esclavista. El resultado es el *laissez faire* tropical, en espera de mejor oportunidad, y mientras llega nos sometemos calladamente improvisando siempre una disculpa.

Y es que la comunidad de intereses, de sentimientos e ideas no existe entre nosotros. Votados de lo que Rafael María de Labra llamó particularismo antillano y que en nosotros es herencia, carecemos del sentido de la cooperación y la proporción. De ahí que sea tarea relativamente fácil la de faltarle el respeto a todo un pueblo cuya principal debilidad radica en una incapacidad para la acción conjunta y desinteresada. Cuando el blanco protesta el negro acata y viceversa —¿se entenderá este símbolo?—, sin conseguir llegar a una integridad de anhelos. Se llega a una armonía al través de entendidos superficiales que con una servil adaptación a todas las situaciones intentan acallar y dar tregua a las fuerzas contrarias. El receso, es natural, dura poco, pues la mejor manera de no complacer a nadie es la de tratar de complacer a todo el mundo.

Motivos de ayer y de hoy han desarrollado en nosotros una fuerte capacidad de asimilación que en la raza hispánica es determinante de los rumbos de su progreso. La diferencia estriba en que dicha asimilación opera en España sobre un cuerpo de pueblo definido y fuerte, y en nosotros sobre el injerto de ese pueblo con otros menos expresivos y titubeantes. Para corregir las aportaciones extrañas nos faltó la base autóctona. Hemos tenido que formarlas con aportaciones ajenas a nuestro espíritu territorial primitivo y con ellas formar el cauce

de nuestra historia. Y como en dicha colaboración no ejerció influjo condicionante el elemento indígena permaneciendo pasivo y obediente ante la voz del extrarradio insular, el resultado fue el sometimiento, la humildad, la conformidad, el apocamiento, la mansedumbre fiel que da tono a nuestro desarrollo. "La cultura y la civilización que tanto nos envanecen —ha dicho Ortega— son una creación del hombre salvaje y no del hombre culto y civilizado". Si el valor de la vida primitiva es ser fontana de la organización cultural y civil, nosotros no hemos tenido esa fontana. Todo nos vino hecho y manoseado y así se acostumbró el pueblo al consumo y no a la producción de valores vitales.

Acatar, aceptar: he aquí conceptos sintomáticos; empezamos aceptando los designios históricos sin la más remota posibilidad de torcer sus rumbos y acabamos por acatar la voz imperativa de los excelentísimos gobernadores militares que hasta fines del pasado siglo se hacían obedecer con la grosera fórmula de "orden y mando". Esta actitud no ha variado en nuestros días.

En cierto modo la riña de gallos resulta aclaratoria de lo que somos. Nuestro deporte nacional no es una afición exclusivamente nuestra. Con todo y eso parece que se descubrió para nosotros; es un deporte en que no interviene el arrojo individual, como en el toreo español, ni la acción coordinada como en el *foot-ball* inglés o el *base-ball* norteamericano. Nos quitamos de encima toda responsabilidad dejando que los gallos resuelvan el asunto; así nadie pondrá en tela de juicio nuestra aptitud para la acción conjunta. En la gallera —seis chorreo; cantares— descargamos un poco la congestión de impulsos que nos bullen por dentro y una vez más dividimos la gritería insular en dos bandos opuestos. La jugada de gallos pertenece más a los viejos que a los jóvenes y ha tenido que compartir su imperio con los nuevos deportes.

Un hecho que no puedo eludir de mis preocupaciones es el de la juventud que apenas llega a serlo. En los países tropicales la gente envejece con mayor rapidez que en los países fríos. El promedio de vida, además, es menor en los primeros que en los segundos. Nuestro niño atraviesa muy aprisa la etapa en que debiera regodearse y muy temprano se abren sus sentidos haciendo que maduren antes de tiempo los mejores años de la muchachez. Con dañosa frecuencia se le ve

abandonar los juegos propios de su edad para dedicarse al trabajo y el sexo le quebranta antes de que amanezca su pubertad.

Así como se anticipa en el niño la crisis infantil, se anticipa en el joven su entrada en la vida pública, complicándole el vuelo y el carácter. Su falta de formación para imponer sus pocos años lo obliga a formar coros y el torbellino de la lucha lo arrastra por un atajo de preocupaciones que le estrujan el alma. En las eras del campo, en el vientre de una fábrica, en una oficina o en las filas del desempleo va adquiriendo una experiencia desazonada sin regustar los años auténticos de la juventud.

Esta prisa en ser hombres la heredamos de la raza. Compárese nuestro núcleo universitario con uno similar en Estados Unidos y se verá la diferencia que existe entre unos hombres menores y unos muchachos mayores. Nuestro estudiante promedio vive agriamente su vida colegial, defiende sus derechos con protestas enérgicas, no disfruta sus vísperas de hombre y sale amargado de las aulas para las cuales no tiene luego un amoroso recuerdo. El norteamericano no olvida nunca su Alma Mater porque en ella pasó los mejores años de su juventud. Si alguna vez se levantó en huelga fue por razones deportivas que a la larga resultan superficiales.

Dimitir la juventud antes de tiempo es negar a nuestro pueblo la sanidad, el vigor y la alegría que la juventud debe darle. Por una serie de condiciones en que intervienen la etnología, la geografía y la historia, somos un pueblo triste. Campeche, Oller, Gautier Benítez, Juan Morell Campos, para citar pintores, poetas y músicos de primer orden, fueron los productos más expresivos de la tristeza puertorriqueña. Cuando se atiende al volumen de la tierra acosada de terremotos, de temporales y de impuestos; cuando se cala la impotencia del hombre para luchar desventajosamente con su composición biológica y su tragedia política; cuando se contempla el paisaje o se escuchan los apenados tonos de una danza; cuando, en fin, se mira al fondo de nuestra afirmación, tan picada de inconvenientes, se pueden descubrir los viejos surtidores de nuestra melancolía.

Puerto Rico es un pueblo deprimido; pero ama la vida y no se rinde nunca. El nativo es individualista, resistente, valeroso. Para el hambre no tiene flaquezas; ante las desgracias naturales no se anula jamás; individualmente no le importa perder la vida que pone en peli-

gro por cualquier tontería personal; colectivamente es lo contrario: demuestra una gran incapacidad para morir en grupo. Al revés de otros pueblos antillanos, el nuestro siente un gran apego a la vida. De Quisqueya es el areyto que dice: "¡Jí, ayá bombé!" (antes muerto que siervo). El desprecio a la vida caracteriza al pueblo dominicano y al cubano que a cada momento se la juegan con asombro de todos. Nuestra muchedumbre, por el contrario, es dócil y pacífica: se caracteriza por la resignación. Defiende su derecho a vivir con suma cautela y demuestra una instintiva prudencia que algunos identifican con el miedo. Ruego al lector susceptible que no abrume esta síntesis con muy gloriosas excepciones.

Somos un pueblo racialmente heterogéneo, compuesto de blancos, de negros y de mestizos. Siglos de convivencia al hervor del trópico fueron casando modalidades encontradas y aunque todavía abundan los divorcios, nuestra personalidad colectiva es responsable del añado de nombres que nos representan en casi todos los comparativos insulares de la cultura.

Hemos dado a las armas extranjeras nombres gloriosos como los de Rius Rivera y Pachín Marín, mejores que el de Antonio Valero de Bernabé; a la hagiografía una mujer ilustre: Santa Rosa de Lima; a la ciencia jurídica un tratadista venerado en toda América: Eugenio María de Hostos; a la mar dimos a Ramón Power y al pirata Cofresí; a la botánica: Stahl; a la ingeniería: Fuertes; y en la medicina, en el magisterio, en la oratoria, las artes y las letras hemos tenido nombres de resistente prestigio insular. Cuando yo me pregunto por la honradez patriótica, señalo en primer lugar a Baldorioty; cuando busco un carácter lo encuentro en Ruiz Belvis o en Betances; una mente filológica: Matienzo o López Landrón; un periodista: Brau o Muñoz Rivera...

Dirijo mis simpatías, al cerrar este primer ensayo, en derechura de esa exquisita masa anónima, formada por millares de hombres silenciosos, pertinaces y limpios, que con admirable orientación ciudadana—decoro, desinterés, patriotismo—ayudan diariamente y sin sentirlo a formar la personalidad puertorriqueña. Si esta condicionante minoría ha limpiado en nuestro territorio el camino de la inmortalidad para que pasen otros, ella ha de ser también la barbacana que dispare nuestros hombres egregios hacia el espacio universal.

Abandonemos ahora el hombre y su sentido para clavar nuestra interpretación sobre la tierra.

2.—LA TIERRA Y SU SENTIDO

EN esta aspiración de dar sentido biológico y político a nuestros modos encontramos la colaboración ejercida por la geografía y el clima, que ayudan poderosamente al apagamiento de la voluntad. El indio defendía, con un *mínimum* de esfuerzo, su derecho a vivir, exigiendo a su vez muy pocas cosas a la vida. Acostumbrada su desnudez a muelles esfuerzos diarios, no pudo resistir las duras imposiciones del trabajo. El negro, bajo el látigo, ahogaba sus elementales necesidades con obligatoria y cristiana conformidad. El blanco mecía su indolencia en la clásica siesta de medio día, haciéndola más grata y acompañada con el vaivén de la hamaca que heredó del indio. Pródiga la naturaleza y fértil la tierra proveían con generosidad y regalo para las necesidades del presente.

El clima exigía poca ropa y menguado alojamiento. La tierra daba lo demás. Pero cuando las exigencias y demandas de la vida colonizadora empezaron a punzar violentamente la capacidad productora de nuestro suelo se presentó en la historia un hormiguero de problemas que hemos arrastrado como lastre hasta la época contemporánea.

No ya por nuestras propias taras psicológicas y políticas, sino también por nuestra posición geográfica, vivimos en permanente angustia aguardando en los meses de verano las tormentas destructoras y en cualquier época los indeseables terremotos. Temblores y temporales nos sorprenden con su desolación y vivimos en perpetuo acecho de cataclismos geográficos inevitables. Amenazados constantemente por la naturaleza, mermando nuestras cosechas durante la sequía o reduciéndose considerablemente durante las inclementes lluvias, hemos tenido que vivir expectantes y agónicos, acosados por desazones y

derrotas. Nuestros frutos principales que son la caña, el tabaco y el café, quedan violentamente afectados por la irregularidad climatológica, obligando al terrateniente a pensar a diario en su fracaso. Esta actitud derrotista está vigente en nuestro general acatamiento y es arteria importante de nuestro pesimismo.

El clima nos derrite la voluntad y causa en nuestra psicología rápidos deterioros. El calor nos madura antes de tiempo y antes de tiempo también nos descompone. De su enervante presión sobre los hombres viene esa característica nacional que llamamos el aplanamiento. Aplanarse, en nuestro país, es una especie de inhibición, de modorra mental y ausencia de acometividad. Es seguir, sin sofocarse, cómoda y rutinariamente, el curso de la vida, sin cambios ni inquietudes, cabeceando nuestras aspiraciones y en cuclillas frente al porvenir. Es aclimatarse a la molicie tropical y tener ideas pasivas en forma de *piraguas* para refrescar la siesta de nuestra civilidad. La *musa paradisiaca*, nombre inefable y científico del plátano, es un símbolo retórico de nuestra vegetación anímica.

Dentro del uniforme tono del clima tropical posee nuestra isla pequeñas variaciones estimulantes. Se ha observado una gran diferencia climatológica que proporcionalmente es mayor entre el día y la noche que entre una estación y otra.

En una reducida extensión de 10,000 kilómetros cuadrados, como la de Puerto Rico, con vientos de norte y noreste, fríos y húmedos, de noviembre a febrero, y vientos sur, calientes y secos, en particular de julio a octubre, es interesante observar la variedad del clima que tiene su extremada diferencia de norte a sur de la isla. En la región de Ponce, sedienta y calcinada, crecen pastos menguados, bajo un sopor anhelante que clama sin cesar por irrigaciones artificiales. Una capa de polvo cubre las grandes extensiones de terreno que a trechos y como por arte de milagro se dedican a la ganadería. En el norte de la isla las lluvias son abundantes e inesperadas y mantienen las tierras labrantías en pintoresca espera de fotógrafos y turistas. Los pueblos del centro —Aibonito, Adjuntas— a unos 2,000 pies sobre el nivel del mar, ofrecen a nuestra depresión climática un grato remanso veraniego. El promedio de la temperatura anual en la isla es de 73 grados en los meses de frío y 79 en los de calor. El promedio

general es de 76 grados. Las lluvias rápidas y repentinas, pero no largas, acumulan al año un promedio de 69.30 pulgadas.

Sobre la parte agreste de la isla concreta el visitante sus interjecciones bucólicas. Nos definen la estampa y la calcomanía multicolor del paisaje, anteponiendo como buenos turistas lo pintoresco a lo esencial. Sordos al clamor de nuestros terratenientes, que de día a día rinden su heredad agobiados por la ergástula económica de las corporaciones, no ven sino el telón de boca que esconde nuestra tragedia. La tierra se nos va de las manos sin sentirla y los bosques han desaparecido a golpe de hacha, dejando llanuras y colinas huérfanas de árboles en una inmisericorde despoblación. Los cincuenta ríos que nos refrescan van mermando el caudal de sus aguas y el campesino va perdiendo, año tras año, la propiedad de sus huertos. El fondo agrario de Puerto Rico ha ido cambiando notablemente en su primer plano, de acuerdo con el "orden y mando" de la presión económica de que hablaremos más adelante.

Nuestra estructura geológica, montada al aire entre dos abismos —uno al sur de la isla, con una profundidad de 15,000 pies, y otro, 75 millas al norte, con una de 28,000 pies— es pobre en recursos minerales. Poco a poco se ha ido también empobreciendo de las ricas maderas autóctonas, y en caoba, ausubo, ortegón... nuestra indigencia actual es lamentable. Los árboles más vigorosos y machos de nuestro suelo han cedido su puesto a otros más femeninos y ornamentales, como el pino y el ciprés. La despoblación forestal es responsable del raquitismo fluvial y de nuestra reducida ornitología. Puerto Rico cuenta con 160 especies de aves, que se reducen a una treintena en cada localidad; poseemos menos pájaros —la jaula, además, es muy pequeña— que cualquiera otra isla antillana.

Nuestro paisaje posee un sentido mesurado y armoniza con la geografía y la etnografía. Nada de fuerza, de estruendo o de magnitud. La discreta decoración es de tono menor y se presta, como nuestra danza, al regodeo y a la confianza. Su nota predominante es la lírica: es un paisaje tierno, blando, muelle, cristalino. Con buen acierto lo captó Samuel Gili Gaya, cuando dijo que "diste mucho de ser imponente. Todo adopta un aire suave, halagador, amable y profundamente femenino. Las montañas no son más que colinas vestidas de verde claro, donde pace una vaca que no embiste, una vaca casi vege-

tal. El Asomante parece como si quisiera empujarse un poco, pero en seguida se arrepiente de sus gestos de matón y se inclina con toda cortesía ante el azul cobalto de la costa sur. Echamos de menos las serpientes venenosas y no podemos creer en los ciclones ni en los terremotos que dicen ocurren”.

No encontramos tampoco, en nuestra idiosincrasia, picachos inaccesibles, ni desiertos ardorosos, ni profundos precipicios, ni rugidos, ni zarpas, ni volumen épico. Somos un pueblo ajeno a la violencia y cortésmente pacífico, como nuestro paisaje. Aislado en la zona rural, en el 80 por 100 de su población, tiende su mansedumbre al borde de la indigencia y multiplica su prole al margen de la ley, agravando cada vez más su angustioso problema económico-social. El éxodo obligatorio hacia las poblaciones va privando al paisaje boricua de su fecundo sentido folklórico. La fuerte marejada de los cañaverales rebasó los límites de nuestros llanos y repecha, montaña arriba, derrumbando árboles y arrasando con los frutos menores, que eran dieta segura en los tristes hogares campesinos. Ante su empuje, van desapareciendo los bohíos, como desaparecieron los pantanos, las haciendas, los ingenios, la maleza y el camino real. En el actual período de transición histórica en que vivimos hasta el paisaje varía sus elementos constitutivos, al igual que la Historia.

Gruesas columnas de humo negro oscurecen, de trecho en trecho, la diafanidad azul del cielo y una admirable red de carreteras —blanco sobre verde— atenaza los músculos de las montañas, uniendo apretadamente 78 poblaciones y más de 40 factorías azucareras. De recodo en recodo un anuncio chillón, pregonero de productos exóticos, lanza su grito mercantil, perforando el vaho de melaza y gasolina que compete, a menudo, con el de los alambiques clandestinos. Se trabaja la tierra con forzado entusiasmo y escaso beneficio para el brazo que la ordeña. Los hilos del telégrafo y de la luz han rayado los campos como papel de música; el progreso técnico va invadiendo, a trancos gigantescos, las zonas rurales y los pueblos caminan hacia afuera, acortando las distancias, ya anuladas por nuestros admirables medios de comunicación. Nuestro paisaje ha adquirido una urbanidad no sospechada treinta años atrás. La escuela rural, las unidades agrícolas, los riegos, los caminos vecinales, la radio, el automóvil, etc., etc., han cambiado la estampa fisiográfica halagadoramente. Pero la tierra sigue

agónica, resbaladiza, acumulando males sociales y económicos, presionando, antes como ahora, el problema de nuestra idiosincrasia.

Con la excepción de Inglaterra, Java, Bélgica y los Países Bajos, nuestro país es el más poblado del mundo —485 habitantes por milla cuadrada—. Le siguen Japón y Alemania. Si como puede verse en los últimos censos su población se dobla cada cuarenta y cinco años y siguen gravitando sobre este exceso humano los problemas sanitarios, sociales y económicos que hoy nos agobian, en un futuro próximo la tragedia será espantosa. Calva de minerales, de bosques y fuerza hidráulica para iniciar industrias permanentes, la tierra no puede sostener sobre su agricultura a la ya inquietante superpoblación.

El primer hombre que desde las carabelas colombinas divisó por primera vez las islas del nuevo mundo, pronunció en los mares la primera palabra española que escuchó América y anticipadamente señalaba un grave problema puertorriqueño: ¡Tierra! De ardorosa expresión de júbilo se tornó, con el tiempo, en problema de dolorosa angustia. La tierra, repartida antes en pequeñas unidades, hoy se encuentra acaparada en garras de las grandes centrales. La competencia humana hinca sus dientes en nuestra enfermiza economía y abarata los jornales, llevando a los que trabajan a la indigencia. Pónganse sobre ella los azotes de la Naturaleza, de la uncinariasis, del monocultivo y del tiempo muerto y se verá que la tierra no puede ya soportar tanta carga.

No valen, hoy por hoy, las medidas de la inmigración o la limitación de la prole, tan contrarias, por lo visto, al carácter puertorriqueño. Como no podemos reducir el número de nacimientos ni podemos avanzar hacia el mar para hacer la expansión del territorio, no cabe otro recurso que la expansión vertical: ir hacia arriba, hacia adentro, hacia abajo, para cultivar ideas y sentimientos viriles. De no aumentarnos culturalmente estaremos condenados a la ingrata condición de peones. Hay, pues, que defender nuestro subsuelo espiritual y levantar los ojos de la tierra —¡sin olvidarla nunca!— para asegurar a nuestro pueblo el aire que respira.

La posición geográfica de Puerto Rico determinó el rumbo de nuestra historia y de nuestro carácter. El punto de vista de la soberanía española era el comercio, y el de la norteamericana, la estrategia. Comercio y estrategia intervienen en el crecimiento de nuestra per-

sonalidad colectiva como veremos luego. Para colmo de la desesperación nos cupo la desgracia de caer aislados del mundo y ser entre las Grandes, la menor de las Antillas. Esto nos privó de la autoridad que dan las grandes masas de pueblos a las demandas del respeto universal. Nuestra patria ha añorado siempre ese bulto de tierra tan necesario para servir de fondo.

En proporción a su tamaño se desarrolla su riqueza, y por lo tanto su cultura. Siendo geográficamente el centro de las dos Américas, su falta de volumen, su carencia de puertos y de comercio en grande la convierten en rincón. Como centro comprimido no servimos más que para la estrategia y para hacer escala; y esto tan de tarde en tarde y con tanta rapidez que el resultado no vuelca en el ambiente colaboraciones determinantes. El ser punto estratégico nos beneficia muy poco; como punto de turismo nuestra pequeñez vista en dos días, no resarce los gastos del viaje; y como centro económico la extensión geográfica sólo permite negocios reducidos, mellizos con su tamaño.

Llevamos encima la tara de la dimensión territorial. No somos continentales, ni siquiera antillanos: somos simplemente insulares que es como decir insulados en casa estrecha. Encogidos por la tierra, tiene nuestro gesto ante el mundo las mismas dimensiones que nuestra geografía. Ni desiertos, ni planicies, ni amplios valles nos ayudan a estirar la visión y estamos habituados a tropezar con un paisaje inmediato que casi tocamos por sus cuatro puntas. Ese obstáculo de lo próximo nos encoge la perspectiva y desarrolla en nosotros una oftalmología que nos condena al mero atisbo continental.¹ Le cortamos el vuelo a las grandes distancias y atomizamos la vida con graves consecuencias para nuestro destino.

La tierra, pues, reduce el escenario en que ha de moverse la cultura. De ser otra nuestra topografía, otro hubiese sido también el rumbo de nuestra historia. Ruiz Belvis, Hostos y Betances no cupieron en ella y huyeron a morir en el ostracismo. A nuestros hombres próceres, hay que repetirlo, les falta el bulto de la tierra tan propicio para aclarar y engrandecer las figuras. Este apocamiento geológico, unido a la difícil posición geográfica, al clima enervador, a nuestra consti-

¹ Véase el capítulo *Nos coge el holandés*.

tución biológica, y a la perpetua condición feudataria, opera en nuestra psicología colectiva con un sentido angostador y deprimente. Carentes del derecho que da la fuerza, es decir, la masa, no hemos podido incorporar a nuestra vida la fuerza que da el derecho. Desventurado, pobre y flaco ha sido siempre nuestro pueblo; operamos en diminutivo. A cambio de las manquedades vitales que ofrece nuestra acción ciudadana, exhibimos como substituto una característica que estudiamos en capítulo aparte: el retoricismo.

Es curioso notar que el aspecto económico de la tierra varía distintamente de acuerdo con los tres momentos en que dividimos el curso de nuestra historia. En el primero, pausado y unitario, los repartimientos y las encomiendas hacían de ella una vasta finca a medio cultivar, con un considerable margen inactivo de bosques, pastos, ciénagas y campos huraños. En el segundo, inquieto y decisivo, se fragmenta en abundantísimas parcelas en que el interés de los más aprovecha mejor su rendimiento con pequeños cultivos responsables de la mayor parte de nuestra dieta. Y en el tercero, indefinido y problemático, la tierra pierde su pequeño propietario, y por encima de la ley que limita su posesión a 500 acres, vuelve a una división mayoritaria pero esta vez bajo una superlativa explotación de corporaciones absentistas, responsable, entre otras cosas, por su dedicación monopolizadora, de la esclavitud dietética en que hoy vive nuestro pueblo. Compárense las importaciones del siglo XIX con las del siglo XX y se verán las consecuencias del monocultivo.

La tierra, ayer no más, nos caía por el corazón en el regazo de la cultura; hoy se nos cae de las manos en los vaivenes de la compraventa, alterando su patriótico sentido por uno exclusivamente económico. En el pasado, cuando la tierra era plural y cobraba su mejor expresión entre el paréntesis que formaban el estanciero y el poeta, no era motivo de preocupación. Hoy, que es singular y se ha hecho fardo, no la define el hombre particular sino el hombre en grupo: ayer Gautier Benítez; hoy las centrales. Obsérvese en este caso aislado la trayectoria que va a recorrer nuestra vida desde lo individual a lo corporativo. *Mass production*, exceso de dos o tres productos; carencia de todos los demás.

La tierra, pues, se encuentra en este apenado proceso de transacción, que es como decir de transición histórico-económica. ¿A dónde

va la tierra? Nadie podrá decirlo en tanto no se sepa qué pueblo ha de decir la última palabra.

Flor de la tierra es la vivienda. El bohío de paja y yagua, tan pintoresco a la distancia como elemento decorativo del paisaje regional pero tan miserable de cerca, está llamado a desaparecer porque no carga con las esencias permanentes de la tradición. No hay que lamentar su ausencia ya que el bohío no es más que expresión de angustia y de penuria. Si cada jíbaro pudiera tener casa cómoda y segura, de cemento o de tablas, con techo mineral y con todos los adelantos sanitarios de la vida moderna, es conveniente que así sea y que se hospitalice el bohío en la historia, en la poesía y en el folklore.

No hay derecho a defender presencia cuando lo que debe importar es la esencia. La estampa es cosa externa. El bohío sólo puede defenderse desde un plano puramente económico; es preferible que nuestro jíbaro posea su rústica vivienda a que se convierta en un mero inquilino de casas modernas. Hay que defender su posesión sobre los graves inconvenientes del inquilinato. Pero cuando ese campesino pueda poner su casa a la altura de las que poseemos en la zona urbana, nadie debe lamentar que cambie su pocilga y desaparezca de nuestro paisaje esa nota pintoresca tan llamada a desaparecer. La barraca o tormentera me parece más esencial e ineludible que un rancho de pajas.

El bohío indígena, además, no puede ser por su endeblez y peligro, la célula primaria de nuestra vivienda. Esta la constituye la aportación española adaptada a las exigencias de la necesidad colonial: paredes de ladrillo o de cemento, techo de teja o de ladrillo, puertas altas y anchas y ventanales con persianas. El intenso calor, los temblores de tierra y los huracanes determinan el rumbo de nuestra arquitectura insular que casi hemos abandonado. El zinc y los cristales que hoy predominan en nuestras casas son elementos exóticos superpuestos superficialmente sobre las células antiguas. Pero la imitación nos *perjudica*, además de ser inconveniente. El trópico demanda una construcción especial, muy suya, fuerte y duradera, que responda a los embates de sus tres enemigos naturales: los ciclones, los terremotos y el ataque destructor del salitre y la polilla.

Si hubiésemos seguido desarrollando sin tropiezos nuestra conciencia colectiva quizás tuviéramos plenamente lograda una arquitec-

tura regional, sin zinc y sin cristales que aquí no se producen y re-matando en barro cocido. Por poseer esa materia prima dicha arquitectura sería responsable a su vez de una autóctona y floreciente industria totalmente desaparecida: la fabricación de tejas y ladrillos.

Inevitablemente tendremos que ir a ella. El clima, las tormentas, la necesidad y la economía nacional exigen de nosotros la creación de una vivienda que responda certeramente a las exigencias de nuestro espíritu territorial. Para rechazar o aceptar con provecho el acarreo de la nueva civilización que hoy nos nutre, es imprescindible reconocer la orientación que ofrece la tierra y su sentido.

3.—ALARDE Y EXPRESIÓN

V EAMOS ahora hasta qué punto se proyectan el hombre y sus contornos en las sensibles placas del arte literario. Vamos a caminar por un campo de niebla, enmarañado y perdido, que aún desconoce la aventura crítica de los exploradores. Nuestro vagar no cuenta con ocio suficiente para la creación artística ni tampoco para la exploración de yacimientos que sirvan al erudito de puntos de apoyo al hacer nuestra cartografía intelectual. La falta de archivos, bibliotecas y museos que orienten con aportaciones iniciales la tarea del investigador ha sido una barrera formidable para ordenar y valorar nuestra inviolada producción literaria. Si descontamos dos o tres monografías parciales aún inéditas, y una o dos publicadas, podemos afirmar que todo está por hacer.

Carecemos de una obra de conjunto sobre la literatura puertorriqueña. Nadie se ha ocupado hasta la fecha de formar el censo de nuestros proverbios. Tampoco se ha hecho el *Cancionero*. En el arsenal de nuestra bibliografía quedan innumerables temas vírgenes que claman desarrollo. La imprenta en Puerto Rico, influencias en nuestra literatura, características autóctonas de la misma, desarrollo de nuestro periodismo, ideas predominantes en el siglo XIX y en el XX, el modernismo, corrientes estéticas actuales, etc., etc., no son sino pequeña muestra del cestón de temas por hacer que hubieran facilitado las pretensiones inaplazables de este capítulo.

Para lanzarnos al mar muerto de los tres primeros siglos de historia, no necesitamos cartas de marear: ni escollos, ni arrecifes, ni bajos, ni corrientes difíciles arredran al viajero. Siglos en blanco para nuestras letras fueron esos, con tres o cuatro nombres puertorriqueños para no hacer absoluta su esterilidad: García Troche y el canónigo

Torres Vargas historiadores que, obligados por diferentes requerimientos oficiales, dejaron sendas memorias sobre la isla; y Francisco de Ayerra y Santa María, poeta gongorino que vivió en Méjico, pero que nació en San Juan en 1630. Unos y otros pueden perfectamente barajarse con los escritores españoles que durante esa primera época quedaron vinculados a nuestra isla: López de Haro, Bernardo de Valbuena, Juan de Castellanos, y el más próximo de todos: Fray Iñigo Abbad.

Desde el punto de vista del alarde artístico, esos tres siglos constituyen un desesperante desierto cultural y coinciden con el rumbo precario que llevó nuestra historia según verá el lector más adelante. Todo nos llegó mermado y retrasado; la imprenta, los periódicos, el comercio de libros, las bibliotecas, las instituciones de enseñanza superior, la apetencia por la lectura, la prosa con fines estéticos, en fin, la literatura con todos sus elementos condicionantes son obra exclusiva de nuestro siglo XIX. Cuando aún no habíamos emprendido el camino de las letras, Cuba contaba ya con algunos clásicos. El aislamiento y la falta de iniciativas nos condenan a recibir los cambios literarios del mundo con lamentable retraso.

Llegó la imprenta a Puerto Rico en 1806. La primera producción de amena literatura en la isla no fue, como afirma Menéndez y Pelayo, la traducción de las *Odas de Anacreonte* y de los *Amores de Hero y Leandro*, ni *El Beso de Abibina* de Graciliano Alfonso publicados en 1838. Esa prioridad corresponde a los trabajos raramente firmados que aparecieron en los periódicos publicados entre el nacimiento de *La Gaceta Oficial*, 1806, y el de *El Boletín Instructivo y Mercantil*, 1839. En las columnas del *Diario Económico* y *El Cigarrón*, 1814; de *El Diario Liberal*, 1821 y de *El Eco*, 1822, están grabadas las iniciales de nuestros comienzos.

El primer libro de versos que se publica en Puerto Rico, salió a la luz en 1812; se titula *El Cuadernito de varias especies de Coplas muy devotas*; lo publicó un misionero capuchino, Manuel María de Sanlúcar, "con sólo el piadoso fin de excitar a la devoción y promover las divinas alabanzas que debemos al Señor de todo lo creado". Luego encontramos el nombre de un poeta peninsular, Juan Rodríguez Calderón, con un canto *A la hermosa y feliz isla de San Juan de Puerto Rico*, y en 1832 el de la primera poetisa nativa, María Bibiana Benítez

cuya *Ninfa de Puerto Rico* recogió Pedro Tomás de Córdoba en sus *Memorias* publicadas entonces. Con la fundación de *El Boletín*, de admirable longevidad, se prepara el terreno a las antologías.

Como se ve, en los dos últimos títulos citados el nombre de Puerto Rico empezó a ser tema de elaboración poética, pero no como una realidad más o menos precisa, sino como una fórmula retórica sin hacerse cargo de la esencia. Por un lado caminaban adjetivos y cortesías y por otro el cuerpo social que ornamentaban. Compárese ese poema de Rodríguez Calderón con el opúsculo de otro español, Jacinto Salas Quiroga, colaborador de *El Boletín*, cuyo tema según Tapia era: "Puerto Rico es el cadáver de una sociedad que no ha nacido". Podemos decir que todavía en este año de 1839 nuestra incipiente producción literaria no nos pertenece por entero. Nuestro período de lactancia se prolonga hasta finalizar la primera mitad del siglo.

En el 1843 se editó el *Aguinaldo Puertorriqueño* colaborando en él nativos y españoles. Alborozados por esta primera manifestación de conjunto los estudiantes puertorriqueños radicados en Barcelona convirtieron su júbilo en un *Album Puertorriqueño*, 1844, alentando de esta manera la que ellos llamaron "señal de vida". En 1846 sale un segundo *Aguinaldo Puertorriqueño* y en ese mismo año reciprocaron los de Barcelona con *El Cancionero de Borinquén*.

Aun siendo estos cuatro libros los sillares más sólidos de nuestros comienzos literarios no son todavía una firme expresión de nuestro espíritu, por estar sometidos ingenuamente a los temas y a las normas ya caducas de la literatura española. La imitación supera a la originalidad y el balbuceo se evidencia. Se consume más de lo que se crea. Se conformaron con llenar las demandas familiares de nuestros mercados y como era muy poco lo que éste pedía fue también muy poco lo que dieron. Los diletantes de la colonia tuvieron que agruparse para el primer paseo en público. Tan sólo uno se destacó del grupo y caminó al frente con el primer libro de importancia, hurgado con probidad y sentido patriótico en una de las zonas más repletas de nuestra expresión.

Para entrar con los menos peligros en el tema que aquí nos ocupa fuerza es reducir nuestro santoral literario a unos cuantos nombres indispensables, atendiendo preferentemente a los que avvicindaron su producción al nervio de este ensayo. Y esto por economía, por el

imperativo de la selección y porque rehusamos hacer de *Insularismo* una feria de vanidad.

Manuel Alonso —después de Andino el periodista— es el primer autor que a nuestro juicio merece por su obra —cantidad y calidad— sitio de preferencia en nuestra historia literaria. Cuando aparece en Barcelona la edición príncipe de *El Gíbaro*, 1849, encendió su luz nuestra primera estrella.

Con Alonso, la lírica extraviada por convencionalismos extranjeros se encontró a sí misma. El hombre y la tierra no tuvieron acomodación eficaz en nuestras letras hasta que no surgió un observador preparado para sortear con gracia todos los inconvenientes. El fue nuestro primer costumbrista y el primer escritor que se ocupó críticamente de la obra de un poeta puertorriqueño. El también por vez primera hace de nuestra isla un tema de preocupación para las letras. Con la aparición de Alonso se descubre por fin el alma de Puerto Rico.

Más que doctor en medicina y por especialización alienista, Alonso fue por su cultura y su sensibilidad un pertinaz hombre de letras preocupado hondamente por los hervores de la conciencia patria. Toda su producción en prosa y verso, con limitadísimas excepciones, fue disparada durante cuarenta años en dirección a nuestra agonía. Suyo es el primer intento de definición poética del tipo puertorriqueño aparecido en *El Album*; suyos los primeros esbozos de costumbres, publicados en *El Cancionero*; suyo también *El Gíbaro*, la nota más henchida de este período y acaso de toda nuestra literatura del siglo XIX. En él se resume maravillosamente el trozo más expresivo de nuestra historia; por él conocerá el futuro la infancia de nuestras tradiciones, amarguras, creencias, virtudes y defectos, y las aristas ya centenarias de nuestro carácter.

De la entraña nativa le salían los humores aconsejados por el ingenio; y su inconformidad solía despistar a la censura porque iba a su trabajo montada en ocurrencias. Sus escritos en general llevaban la música por dentro como todos los puertorriqueños. A poco de levantar el manto de donaires se verán en su obra la índole pedregosa de nuestra situación y la única manera que teníamos entonces para exponerla sin peligro. En ocasión más propicia nos ocuparemos de este libro con el detenimiento que merece, para señalar, amén del

literario y el filológico, el valor que tiene para el folklore y la etnología.

Salvando las distancias, *El Gíbaro* es nuestro *Poema del Cid* y nuestro *Martín Fierro*. Si por su forma sigue tenazmente amarrado a la literatura española, por su esencia y por sus fervores pertenece por entero a la cultura puertorriqueña. No pudo Alonso substraerse, en sus poemas iniciales, de la servil imitación que caracteriza a estos comienzos literarios. En *El Album* publicó un calco de *La Canción del Pirata*, de Espronceda, con el intencionado tema de *El Salvaje*. Y digo intencionado porque Alonso disimulaba en esa inofensiva composición los sentimientos patrios que de otra manera no podían caer en letras de molde. Muestra de su prudente cautela podrá apreciarla el lector en el estribillo:

Que es mi dicha vivir libre
sin cadenas que me opriman;
con su peso sólo giman
los esclavos y no yo.

Por aquí se va derechamente a *Agüeybana el Bravo*, el poema del perseguido Daniel Rivera de quien hablaremos en otro capítulo. No debió ser perfecto el disimulo porque nuestro autor recibió en 1844 dos admoniciones: "una —según Brau— del autor de sus días, en la que le hacía presente el mal efecto que al Sr. Conde de Mirasol, Capitán General de la isla, había causado la consabida canción y otra de D. Francisco Vasallo, encaminada a recordarle las condiciones del país para el cual redactaba sus escritos". Esta epidérmica susceptibilidad fue una mordaza férrea que obstaculizó por largos años nuestras mejores expresiones. Poco tiempo después, cuando llegó *El Gíbaro* a Puerto Rico, no es de extrañarse que lo retuvieran tercamente en la Aduana, tildado de libro sospechoso. Por la oportuna intervención del obispo Gil Esteve no corrió, sin embargo, la suerte de *La Peregrinación de Bayoán*, inocente novela de Hostos, confiscada más tarde por el gobierno. El triunfo de Alonso fue completo: el criollismo salvó al fin su primer libro sagrado.

Treinta años de insistencia pública indujeron a Alonso a publicar una segunda edición de su obra. A mi parecer, este es el primer

libro puertorriqueño que merece el honor de reeditarse. Y es que *El Gíbaro*, a pesar de su "estilo medio" y de sus esforzados escamoteos es una preciosa válvula de escape para nuestra fermentación patriótica. El Conde Keyserling ha dicho recientemente una verdad que para nosotros debe constituir un programa: el camino más corto para encontrarse a sí mismo le da la vuelta al mundo.

Alonso, índice en las tinieblas, anduvo por ese camino. Después de graduarse en Barcelona regresó a Puerto Rico; de aquí se marcha a ejercer su profesión a Galicia; de Galicia se traslada a Madrid, donde logró ser médico del general Serrano; perseguido éste, Alonso fue desterrado a Lisboa; luego vuelve a Madrid y por fin a Puerto Rico, donde en 1882 reimprimió su libro, añadiéndole un segundo tomo al siguiente año. Destaquemos el hecho, tan apreciable para hurgar en el fondo de toda criollidad: antes de redondearse definitivamente nuestro primer libro de envidia, su autor, un hombre de letras, de ciencias y de viajes, le dio la vuelta a España enriqueciendo su visión con amplitudes salvadoras. He aquí una norma para trabajos de esta naturaleza.

Salvador Brau, otro de los punteros de nuestro boricuismo, en el precioso prólogo con que acrecienta el valor de la nueva edición, se encarga de poner a flote el guiño disimulado, la protesta cautelosa, el golpe de puñal dado entre risas, "la historia íntima, en fin, de un pueblo; pero historia en que la pluma reticente del autor ha contado de antemano con la colaboración imaginativa de sus lectores...; bajo la apariencia bonachona de que el libro alardea, se esconde un fondo de censura en que la verdad corre parejas con la habilidad".

He aquí el doloroso vía crucis de nuestras letras. Alonso fue benigno, discreto hasta la timidez, porque se sabía vigilado de cerca: en 1862 la censura rechazó del *Almanaque Aguinaldo* el alusivo romance *Todo el Mundo es Popayán*. Nuestros autores regionalistas tenían que dedicarse a la prestidigitación, al barroquismo expresivo, a componer alegorías prudentes para expresar a medias sus sentires. Los demás cultivaban el lugar común disfrazado con "sentimientos universales" que a nadie interesaban, supeditando, no sólo las maneras de ver y recoger los motivos, sino también los temas a la literatura española.

Con las nutridas excepciones de Salvador Brau en el relato, de El Caribe en la poesía, de Ramón Méndez Quiñones en el teatro y

de Manuel Zeno Gandía en la novela (autores que con otros de importancia distinta —Daubón, Matías González, Virgilio Dávila— recogieron la tradición que inició Alonso), la literatura puertorriqueña, generalmente hablando, urbaniza sus mejores solares en el limbo. Otra excepción gloriosa —no cuento por ahora periodistas e historiadores— hay que hacer con la venerable figura de D. Manuel Fernández Juncos, el más preclaro animador de nuestras letras criollas. De épocas cercanas hay que excepcionar también a Juliá Marín, Meléndez Muñoz y Lloréns Torres.

Alejandro Tapia, con ser tan fecundo y principal, es un magnífico ejemplo de lo que digo: sus dramas y novelas más importantes no tienen la sazón de nuestra biología y nuestra geografía. La censura acosó a Tapia desde su inicio y tuvo que proteger sus facultades distanciando su obra en otros climas. Entre las menores, unas cuantas se acercan tímidamente a nuestro confesonario, pero ninguna alcanza la categoría de las otras.

Tapia, sin embargo, es el autor que en la intimidad secreta recoge aquel afán entrañable que señalamos en Alonso, en un libro no destinado a ver la luz; me refiero a la única hermana de *El Gíbaro*, engendrada por Tapia para que nosotros pudiéramos captar el tuétano de la vida criolla. *Mis Memorias* salió a luz hace muy pocos años. Más que una autobiografía es una preciosa explicación de los usos y abusos significativos que por su casera humildad no caen en nuestra historia grande. Por la unidad variada de sus cuadros, por la serena indagación sociológica, por la veracidad que no empaña el patriotismo de quien siendo actor y testigo de los hechos fue al mismo tiempo su fiel historiador, *Mis Memorias* constituyen un manual iluminado de nuestros viejos modos.

Tienen sobre *El Gíbaro* la ventaja de la cita directa sin entorpecimientos alegóricos o perifrásticos. Los que rastrean nuestra subterfugiosidad siguiendo las huellas perceptibles que a nuestra espalda vamos dejando, al llegar al soto de *Mis Memorias* no pueden menos que exclamar: por aquí pasó la patria. Lo contrario acontece con las poesías de Gautier Benítez: son tan ingravidas que no ejercen presión sobre la tierra.

Gautier es un poeta de primeros planos, sentimental, romántico, medroso. Dos son sus temas preferidos: el amor y la patria; tres sus

rasgos típicos: melancolía, paisaje y musicalidad. En síntesis, Gautier no ofrece, por su llaneza, ninguna dificultad para definir su arte unívoco: es el poeta del amor; del amor a la mujer, al prójimo, a la patria. Vivió enamorado de su tierra y enseñó a amarla como se ama a una novia, orillando su arcilla bronca y áspera, en selección de contagiosas ternuras.

Una dolencia invencible le destrozaba el pecho; un apocamiento técnico le reducía la independencia varonil del criterio, y ambas cosas confabuladas con la hostilidad del ambiente le royeron la almendra de su originalidad. No obstante sus limitaciones, su pueblo le consagró amorosamente como el Poeta de Puerto Rico.

La patria era para Gautier la mujer ideal, origen y almacén de nuestros ímpetus sentimentales. Cuatro líneas de su poesía *Ausencia* le definen el rumbo:

Tú das vida a la doncella
que inspira mi frenesí;
a ella la quiero por ti
a ti te quiero por ella

Descendiente de Bécquer, su lirismo se le convertía en nostalgia y miraba a Puerto Rico reflejado en el cristal del agua, al filo de la *Ausencia* o del *Regreso*, “como el recuerdo de un amor profundo”, con esa emoción de enamorado que no permite al hombre llegar con agudo sondeo al riñón de las cosas. Lo que vale en Gautier es su ternura, la timidez poética con que cantó la genérica superficie de nuestra naturaleza. Ni penetró en el pueblo y sus costumbres, ni en la prieta vida insular que urde su drama tras el telón de boca. Sus ojos recogían los contornos, los planos cordiales de la topografía y muy raras veces y con gran trabajo llegaba a nuestras fibras particulares.

Con fina puntería Balseiro da en el blanco cuando dice: “Gautier mira la naturaleza y ve el paisaje de manera genérica. No hay en sus descripciones ni sentido de la verdad, ni carácter particular de las cosas por él citadas... no sabía recoger el espíritu del paisaje y reproducirlo objetivamente en sus poesías. No tenía como José Santos Chocano, por ejemplo, los ojos lo suficientemente escrutadores para sorprender el alma de la Naturaleza”. Si substituyéramos el nombre de

Puerto Rico por cualquier otro de tierra caliente, sus descripciones no tendrían que sufrir alteración alguna.

Este es, de ahora en adelante, el rumbo anodino que ha de seguir nuestra poesía patriótica. Una nueva actitud que centró en El Caribe le acompañará de tarde en tarde: la actitud defensiva, polémica, centrífuga, que está en *contra de* y a *favor de*, que es poesía de rabia y desesperación, escrita con el puño cerrado y los nervios de punta. Abandona las lamentaciones de Jeremías y se nutre con savia del Eclesiastés. Esta agresividad va más al fondo de las cosas y logra hacer hallazgos expresivos. Cuando la captación concreta se hace como en broma, injertando el espíritu zumbón de *El Gíbaro* en el tronco social de *Mis Memorias*, la aleación resulta un acierto.

Prueba de lo que digo es la obra póstuma *En el Combate*, de El Caribe. El pseudónimo mismo es una aspiración aclaratoria. No tanto por su valiente polémica en verso con Manuel del Palacio o por sus sátiras festivas, como por su admirable *Canto a Puerto Rico* que dejó sin terminar, José Gualberto Padilla es un bello símbolo de nuestra lírica energía. Por temperamento y por estudios supo manipular mejor que Gautier Benítez los ingredientes patrios. Su *Canto a Puerto Rico* es el primer intento de síntesis que conocen nuestras letras y es de sentirse que este alarde de nuestra expresión quedase paralizado en el momento en que iba a despegarse del suelo.

Como hemos indicado antes, los escritores del siglo XIX no pudieron contestar a sus anchas las preguntas de su época: detrás de ellos no había sino un hueco desolador de tres siglos baldíos y enfrente una esterilizadora vigilancia que no les permitía empollar ademanes patrios, ni subir la fiebre de nuestra personalidad colectiva a sus cuarenta grados. El espíritu territorial en formación les quedaba, además, demasiado encima para trazarles perspectivas. Y aunque el esfuerzo temerario de unos pocos salvó para la tabla de valores autóctonos un puñado de rasgos básicos y diferenciales, la postura más cómoda fue la de un servilismo imitador que por su abundancia y larga vida nos matricula literariamente como colonia o prolongación de la literatura española. A lo extramural ¿qué hemos impuesto? A la técnica normativa europea ¿qué rasgo de originalidad criolla le hemos impuesto? Sobre las adquisiciones ¿cuáles aportaciones?

Así como no hubo insurrección valedera en nuestra historia, tam-

poco la hubo en nuestras letras. La lengua, la cultura y el régimen al través de sus censores trazaron su órbita oficial, y aunque la suspicacia atajó en ellas los chorros de índole criolla, hemos podido, sin embargo, tender a la intemperie unos cuantos jirones disimulados de nuestra entraña. De ellos, y solamente de ellos, ha de partir algún día nuestra emancipación.

No ha de lograrse, claro está, con las ideas de alquiler en boga, con esos minúsculos incidentes personales que sólo de manera minúscula puedan interesar sin cautivar. Esos poetas del postizo carecen del latido íntimo, criollamente universal, cargado de resonancias comunicables que puedan levantar divino eco en el interior de los demás. En estos casos, el entusiasmo queda circunscrito al que produce sin romper, por su endeblez, las fronteras que le crea la insuficiencia. El pinino literario de viejos y jóvenes no debe confundirse con la poesía caminante, viajera curtida por las sales de una cultura suficiente.

Yo creo que en nuestro tiempo empezamos a convalecer de una larga pulmonía poética. Pero un cambio de frente no se logra si no es a costa de sudores. Contamos, ayer y hoy, con buenos poetas, cabales en el metro, preciosos en la rima, correctos, perfumados, que tienen el viejo encanto de los valsos vieneses; hacen versos de sociedad envueltos en gasas vaporosas, con tacón alto, dispuestos siempre a lucir sus pelucas empolvadas en el más complicado rigodón. Son poetas de la primera piedra, de corte heroico para las efemérides, perfectos en los álbumes, y que, a pesar de tan exquisita corrección, llevan siempre al hombro unas ideas jamonas que de puro viejas no encuentran con quién casarse. Todavía se celebran certámenes con los temas del año del diluvio universal: la *patria*, el *amor* y la *fe*.

Hay que montar guardia permanente a las puertas de la sensibilidad para no dar acceso a esos momentos enfermizos cargados de idiotéz y para entorpecer el tráfico de las cursilerías. Insistir en cultivos mediocres o en la transfusión de glóbulos blancos; hacer injertos burgueses, o acepilliar todos en la misma tabla para sacar idénticas virtudes es mostrar una espléndida capacidad para dar vueltas a la noria. Nadie puede ya interesarse en un dolor de muelas amoroso, ni en la tristeza prehistórica de los veinte años, ni en esas calcomanías de paisajes, ni en los acrósticos infames, ni en las andrajosas décimas jíbaras más pesadas que un paquidermo.

La poesía insular cuenta, pues, con una hermosa cantidad de vedettes que aún actúan con fortuna en nuestro escenario. Hay que esperar una nueva tanda para empezar la función poética por donde ellos la acaban. Yo respeto cualquier intento innovador por las nuevas posibilidades que él encierra. Esa cosa que por ahí llaman atalayismo tiene para mí un profundo sentido experimental que sólo irrita a los espíritus asustadizos. Si en vez de la rechifla se adoptase un gesto inquisidor, viendo en el atalayismo un anhelo de novedad expresional o por lo menos un gesto rebelde de unos jóvenes que no pueden conformarse con los antimacasaes literarios de nuestros abuelos, el movimiento rendiría mayores beneficios aunque carezca de la popularidad que no ha menester. Ya con el estímulo de la comprensión puede, ¡quién pueda!, ofrecer a sus cultivadores una conducta hacia mayores logros. Antes que nada, respeto intelectual nos hace falta. Yo admiro a Evaristo Ribera por su testaruda vocación poética, y porque es un ejemplo admirable de lo que puede hacer una conciencia artística. En largo ensayo reciente he tratado de aclarar la significación de un gran innovador puertorriqueño: Luis Lloréns Torres. No he escatimado admiraciones y aplausos para otro capitán de actitudes nuevas, Luis Palés Matos, figura solitaria en el sendero puertorriqueño de la poesía negra. Estas tres expresiones de nuestra personalidad colectiva nos limpian con su esfuerzo el porvenir del arte literario. Si en vez de época funeraria fuera la nuestra de navidad, tendríamos a mano la mirra, el incienso y el oro para ofrendar al niño.

Algo se ha discutido en nuestros días sobre la razón (y la sinrazón) de un arte antillano que sincronice el movimiento espiritual de las Antillas Mayores, y me parece que lo primero es saber qué cosa es Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Para utilizar el acento integral, de conjunto, hay primero que definir el acento particular de las tres islas; una vez aclarado el tono y la dimensión de cada pueblo, buscar entonces la síntesis expresiva del triángulo antillano. Todo lo que se intente fuera de este esquema resultará en perjuicio de esa aspiración totalitaria.

En el debate a que ahora aludo, dos ideas se levantan frente a frente como enemigos antagónicos: la universalidad y el criollismo. Los que defienden un arte sin fronteras, sin límites nacionales y con alcan- ces cosmopolitas le niegan a la poesía criolla hasta la misma razón de

su existencia. Bien está la repulsa si por poesía criolla se entiende esas décimas jíbaras tan chavacanas y horrorosas que aquí se hacen sin consecuencias para el que las perpetra. Para cultivar el criollismo hay que tener economías; y lanzar al mundo esas paparruchas al son del tiple y la bordonúa es como dar un cheque sin fondos: claro es que, por falso, no puede circular.

Nadie, por miope que sea, puede negar empero, la existencia de una literatura alemana, inglesa o italiana. Aun dentro del amplio contorno de lo hispánico, caen en zonas distintas la española y su prolongación hispanoamericana. Se habla, dentro de lo que ahora llamo prolongación, de las literaturas mexicana, chilena, argentina, uruguaya. En la misma española se captan las diferencias que existen entre las regionales: catalana, gallega, andaluza. . . ¿Por qué no ha de tener su base una literatura puertorriqueña? ¿No hay razón acaso para acuñar nuestro término conociendo ya los de españolidad, argentinidad, cubanidad? Lo que falta es tener fondos.

No hay que buscar el mundo caminando hacia afuera, sino hacia dentro, en dirección al pecho. Pero debemos recordar también —lo cité antes— que el camino más corto para encontrarse a sí mismo le da la vuelta al mundo. Lo universal, esa abstracción que por ser tan común no vive en parte alguna, no puede estar reñido con lo nacional. “Cuando se ha alcanzado —dice Pedro Henríquez Ureña— la expresión firme de una intuición artística va en ella no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido”. Y el portugués Guerra Junqueiro agrega: “un poeta, si no siente lo que en derredor tiene, lo concreto y vivo, con mayor fuerza que lo lejano y abstracto, será cualquier otra cosa, pero poeta, no”.

En la materia prima que vamos recogiendo y aunque nuestra evolución no se haya completado todavía, existen ecos diferenciales que sólo podrá escuchar el criollo que tenga su información completa. El ejército de versificadores medianos, por su ignorancia enciclopédica, no alcanza a oír las notas y mucho menos los ecos de nuestro carácter específico. Cuidado, pues, con las imitaciones. Es muy difícil, para quien carece de temple cultural, descubrir los resortes del verdadero criollismo.

No existe en toda la literatura española contemporánea un escritor más nacional que Unamuno. Conocedor de lenguas muertas y

vivas, no hay nada substantivo en la cultura europea que le sea ajeno. Pocos habrá que conozcan mejor que él la literatura hispanoamericana. Como poeta sabe mucha ciencia, matemática, historia; como prosista sabe mucha poesía. Sus conocimientos botánicos y económicos le han adiestrado el ansia estética para descubrir a Castilla. Unamuno en su obra ofrece al mundo la medida exacta de lo castellano. Y este hombre tan criollo, universalmente leído y admirado, en su libro *Contra esto y aquello*, expresa las ideas que ahora vienen a cuento:

“Soy uno de los tantos españoles que al coger una obra americana queremos que nos traiga sople de la vida, de la tierra y de la gente en que brotó; intensa y verdadera poesía y no literatura envuelta en tiquismiquis decadentistas y en exóticas flores de trapo...; de cada país me interesan los que más del país son, los más castizos, los más propios, los menos traducidos y menos traducibles... Cuanto más de su tiempo y de su país es uno, más es de los tiempos y de los países todos”.

Lejos de toda tangencia partidarista y con una indagación anchurosa yo propugno la necesidad de cultivar un arte criollo de forma superior a la de nuestro Manuel Alonso. Tenemos que desistir del voluntario abandono de lo nuestro para acabar con el desdén y la indiferencia con que nos mira el mundo. El criollismo necesita ideas anti-aldeanas, de vías anchas, sobre las cuales no pueda hacer el viaje ningún alcalde de la poesía municipal. La jibarada literaria estorba mucho cuando no suele ser de largo alcance. No he leído nada tan desolador como el apocamiento de Félix Matos Bernier cuando dice en *Recuerdos Benditos*: “Juzgo suficiente a mis ambiciones que se lean mis versos en el amado terruño en que nací”. Eso no es criollismo; es provincialismo.

El lema que Muñoz Rivera escogió para su poesía *Paréntesis*: “Dichoso aquel que no ha visto más río que el de su patria” es otra manifestación de corto alcance que nadie debe tomar en serio. Hay que eludir el contagio del aislamiento y aclararle los vínculos a nuestra soledad. También formamos parte de eso que llaman “universo” y es necesario cultivar nuestras letras de adentro para afuera para que tengan vía franca.

Nuestra literatura no ha recogido aún en forma expresiva la interesante vida indígena, ni el ademán aclaratorio de los conquistadores,

ni la savia de nuestra formación, ni la raíz amarga de nuestros principios, ni siquiera el vaivén inquietante de estos días. El ovario de nuestra civilidad aún no ha cristalizado en tema. Desde sus comienzos fueron otras sus disciplinas, otros los cauces de su entusiasmo. Si exceptuamos *Pueblito de Antes* de nuestro Virgilio Dávila, el criollismo de la zona urbana estaría aún en cero.

Hay que aprender a ser criollos pero sin petulancia; perseguir nuestros rasgos profundos, ensanchados, no limitadores sino cósmicos, mirando atentamente a nuestro pueblo desde el brocal del alma, hasta conseguir que nuestra expresión se confunda con su imagen. “Cada cual —dice Ortega— tiene en arte el derecho a expresar lo que siente. Muy bien, con tal que se comprometa a sentir lo que debe”.

Esta pues, no es una labor de quincalleros. El que tenga el diapason de su espíritu demasiado corto y la escala de su saber incompleta tendrá que contentarse con hacer simulacros. La expresión ceñida tan sólo puede darla quien cuente con un amplio registro cultural digno de tal empresa.

III

EL RUMBO DE LA HISTORIA

1.—LEVANDO EL ANCLA

SEÑALÁBAMOS, al comenzar estos ensayos, tres momentos muy definidos en la evolución de nuestro pueblo: el de génesis, pausado, receptivo, titubeante (siglos XVI, XVII y XVIII); el del crecimiento, nervioso, creador, dramático (siglo XIX) y el de transición, inseguro, cambiante, inestable (siglo XX). En el ensayo anterior presentamos al personaje y el fondo de este drama, y es fuerza descubrir ahora los hilos que lo mueven sobre el tablado histórico. En nuestro anhelo de situar la cultura de un pueblo, no podemos prescindir de aclarar el sentido de su historia.

Puerto Rico se convierte en realidad geográfica con el Renacimiento. La Edad Media se nos quedó por detrás, formando nuestra prehistoria con los residuos inmediatos, que a duras penas hemos recogido de nuestra incalculable historia indígena. Evidentemente carecemos de Edad Media y de Renacimiento, ya que nuestro siglo XIX no puede ser considerado sino como un despertar —nacimiento— de nuestra conciencia colectiva, que se va amasando con silenciosa lentitud en los siglos que forman nuestro ovario: XVI, XVII y XVIII. El Renacimiento, pues, nos queda por delante.

El siglo XVI, el primero de nuestra civilización cristiana, después de las exploraciones, se encarga del acarreo peninsular y de la estructuración de nuestra vida política, sin aportar considerables rasgos independientes que nos particularicen. Se trata, entonces, de una mera trasplatación de condiciones que todavía no pueden ofrecer, por sus tanteos y experimentos, rasgos diferenciales. La raza ha cambiado de solar y la geografía, el clima, y los cruzamientos humanos no han podido operar una transformación visible en tan corto tiempo.

Luego viene una legislación adecuada para estas tierras nuevas,

que respondiendo a las necesidades americanas venía a ser un reconocimiento de una nueva conciencia gestante, ayudando jurídicamente a su pronto desarrollo. Pero la colonización encontró serios tropiezos, no sólo por las frecuentes guerras que en el siglo XVI sostuvieron Carlos V y Felipe II, sino por todas las que lamentablemente perdieron sus sucesores. En el siglo XVII, España, desangrada por Inglaterra, varias veces por Francia, por los Países Bajos, por Italia, Portugal y Cataluña, dejó de ser potencia internacional de primer orden y entró en un período de franca decadencia política, apagándose por esas y otras causas internas el esplendor de su comercio, de su industria y de su agricultura. El completo empobrecimiento de su erario público no fue mayor que el de su vida social y el de sus costumbres. En la segunda mitad del siglo XVII hizo crisis su pujante Siglo de Oro y la colonia en formación tuvo que cargar desde su nacimiento con tanta decadencia.

Internamente, el desarrollo de la cultura hispánica se vio obstaculizado por la feroz piratería que entonces infestaba los mares del Caribe, por las infructuosas invasiones extranjeras, que tan a menudo nos expusieron a ser franceses, holandeses o ingleses, por los huracanes y por las diatribas de los colonizadores, que empezaron desde los mismos tiempos de Juan Ponce de León. Epoca tan borrascosa para España y tan accidentada por esas y otras razones para Puerto Rico, no podía ser propicia para un limpio desarrollo de las artes de paz. Cargando penosamente con el duro fardo de nuestro destino histórico, subimos la empinada cuesta de dos siglos formativos, hasta llegar a las puertas del tercero, tan fecundo en guerras desastrosas como los anteriores.

En el siglo XVIII, pierde su ritmo vital la cultura española. Impregnada de fórmulas francesas, el neo-clasicismo acorrala y amordaza la conciencia nacional que se refugia vencida en los estremes de D. Ramón de la Cruz y en los pinceles de Goya, sin lograr, en muchos años, libertarse del sentimiento a que estaba condenada por la influencia cultural y política de los Borbones. Ese siglo XVIII fue un gran obstáculo para la continuidad espontánea del genio creador de la raza y su estancamiento desvitalizó la estructuración de nuestro pueblo. Así se cierra el paréntesis del primer período histórico de Puerto Rico y es conveniente destacar con brevedad el estado de sus más importantes manifestaciones.

Estos tres primeros siglos de nuestra historia no se caracterizan

por el progreso, sino por la más absurda explotación. En el año 1788 publica el sacerdote español Iñigo Abbad la primera historia de la isla, y se distingue, entre otras virtudes, por las sabias recomendaciones que hace el autor para aliviar los graves males de la colonia. De su libro podríamos derivar nuestro primer tratado de terapéutica social. Si en el siglo XVI y en el XVII el país vivió vida embrionaria y destinada, ¿cómo se enfrenta al siglo XVIII?

Cinco capítulos interesantes (del XX al XXIV) dedica Iñigo Abbad —que escribe hacia 1780, aunque su obra se publica ocho años más tarde—, a enfocar la realidad actual de la época en que escribe. En el primero, sobre el Gobierno general, llega a esta conclusión: “cualquiera que sea la causa, la isla está muy lejos de tener el feliz estado que pudiera haber adquirido bajo el mando de gobernadores ilustrados patrióticos”; en el segundo, dedicado al estudio de la población, se queja de su exigüidad y propone medios para aumentarla; el tercero, lo dedica al estado agrícola, afirmando que “el país no ha dado el primer paso para formar su agricultura”; en el cuarto, trata del comercio, y siendo nuestra única puerta abierta la de la península, podrá juzgarse la importancia del mismo por esta declaración: “El comercio de Puerto Rico con España es ninguno”; en el quinto y último capítulo de los que dedica a estudiar el estado de Puerto Rico a fines del siglo XVIII, trata de la hacienda pública y afirma que la isla es muy “gravosa a la Corona”, que no cubre sus gastos y que el tesoro, como todo lo demás, está pidiendo a gritos una reforma. Sabido es que desde el año 1586 se nutría nuestro tesoro con el dinero que enviaba anualmente el de Méjico. Educativamente, se surtía del aire. Fray Iñigo no dedica ningún capítulo especial a la instrucción pública, aunque abunda en las alarmantes manifestaciones del Conde O'Reilly, que asegura, en 1765, que en Puerto Rico tan sólo había dos escuelas. Aunque la afirmación de O'Reilly sea exagerada, lo cierto es que el estado de la instrucción era peor que el del gobierno, la agricultura, la hacienda y el comercio. Era, pues, casi peor que nulo.

Confiemos en el testimonio de un viajero imparcial, que a fines del siglo XVIII (1797) nos deja una visión de la colonia que visitó en viaje de exploración científica. Se trata del botánico francés Pierre Ledru, cuya memoria fue traducida al español por Julio L. Vizcarro. Con referencia a nuestra capital, puerta de España en Puerto

Rico y que era, además, la ciudad más floreciente y adelantada de la isla, dice: "... en vano buscaría el viajero manufacturas o colegios. El pueblo yace en la más completa ignorancia; los frailes y algunas mujeres enseñan, a un corto número de niños, los elementos de la religión y la gramática, y las siete décimas partes de la población de la isla no sabe leer". Felizmente —comenta el traductor puertorriqueño, sesenta y seis años más tarde— este cuadro, tan triste como verdadero, ha cambiado favorablemente. Nótese, pues, la diferencia entre ambas épocas.

La escrupulosidad con que escribe Pierre Ledru la exhibe, sin lugar a dudas, al hablar de la administración política y civil. Científico, al fin, quiere ser justo, honrado, cabal. Advierte las dificultades que ha tenido para escribir ese capítulo con esta nota explicativa que para nosotros es preciosa: "La administración pública en Puerto Rico está envuelta en tantas sombras y misterios que apenas puede un extranjero penetrarlos".

Desde el punto de vista del criollo, arrinconado y preterido por la organización peninsular del Estado, las sombras aumentan su densidad y el misterio su fábula. Sin participación normativa en las funciones oficiales del gobierno, sin derechos políticos ni estímulos económico-sociales, la población criolla arrojó una vida lánguida desde que los colonizadores se dieron cuenta de las extraordinarias riquezas de Méjico y Perú. Las emigraciones empezaron a desangrar al país y el gobierno central a descuidarlo. La atracción novomundana varió de centro, con incalculable perjuicio para nosotros. En la primera mitad del siglo XVI se establece la imprenta en Méjico; Puerto Rico tiene que esperar a principios del siglo XIX; inmediatamente después de la imprenta, se fundan las Universidades de Méjico y de Lima; la nuestra data de 1903. ¿A qué seguir, si conocemos ya el cuadro desolador pintado por Fray Iñigo Abbad?

Después de trescientos años de vida colonial, en 1799, Puerto Rico tiene poco más de 153,000 habitantes, repartidos en 34 poblaciones. Un siglo después —1899— el país consiguió duplicar el número de pueblos y más que sextuplicar la población. La enorme diferencia entre esta primera época y la segunda es demasiado obvia para comentarla. Es la misma que media entre un pueblo analfabeto, sin

vida, sin color, paralítico, y otro que tiene alerta la conciencia y vive preocupado con sus posibilidades.

Quien desee conocer ampliamente la estupenda diferencia entre el primer período de nuestra historia y el segundo debe recurrir a las espléndidas anotaciones que en 1866 hizo D. José Julián Acosta, a la Historia de Iñigo Abbad, complementándola así hasta esa fecha. En el mismo método historiográfico se ve la diferencia: todas las memorias históricas, desde la colonización hasta la obra de Iñigo Abbad y aun la de Tomás de Córdoba, fueron redactadas con un criterio oficial, respondiendo en su mayoría a cuestionarios sometidos por el gobierno español, sin tener en cuenta las causas y consecuencias de los hechos y sin analizar ni interpretar con imparcialidad los acontecimientos allí amontonados. Lo que pudiéramos llamar filosofía de la historia, con escrupulosa documentación y carácter científico, empieza con Acosta y se enaltece con Brau, en la época en que empieza a sazonar la cultura puertorriqueña.

En este período, sin embargo, empezaron a precipitarse los colorantes subconscientes de nuestro pueblo y el letargo no fue tan profundo y prolongado como en los siglos anteriores. El contrabando nos abrió, a hurtadillas, el panorama internacional y al par que defendimos nuestras costas de ataques extranjeros equipamos para un futuro próximo unos cuantos espíritus —Campeche, Power, Andino— como excepción a la regla. Y la regla de este siglo XVIII, tan patriarcal y vegetativo, era muy otra, como ya hemos visto.

"El hijo del colono —escribe Coll y Toste—, que aprendía a leer o a escribir correctamente, era merced a un maestro realengo o a alguna virtuosa dama que se dedicaba a la enseñanza. El estudio era mirado con la mayor indiferencia y apatía y no se leían libros de ninguna clase... El isleño de Puerto Rico no tenía iniciativas particulares ni colectivas y confiaba toda su vida pública a la dirección del Gobierno superior. La centralización político-administrativa, implantada en el país desde los primeros tiempos de la colonización, le había educado en este defectuoso sistema".

Vemos, pues, que el valor del hombre y el acervo intelectual eran tan insignificantes como la riqueza urbana. La campera se reducía a unos cuantos ingenios de azúcar y a las menguadas operaciones que solían realizar los tratantes en cueros, algodón y jengibre. La vida,

aun cerrera, atrae toda la atención de los hombres, que todavía no pueden disponer del ocio suficiente, necesario para el tráfico intelectual. No ha nacido aún el análisis, ni la curiosidad, ni la preocupación en los destinos comunes. Como el pueblo carece de perfil adecuado, el orgullo nacional no puede ir ensayando sus raíces. Después de tres siglos de colonización, sin comenzar la vida propia, nuestro pueblo daba la sensación de agotamiento cuando en realidad no había nacido.

Si en el siglo XVIII la producción artística se atrofia y languidece en la península, en Puerto Rico no hay que considerarla en forma alguna. Se desconocen la imprenta y el arte literario. Fernando Callejo, el mejor historiador de nuestra música, sostiene la afirmación de que "el arte musical estaba completamente en pañales al final del siglo XVIII, teniendo por únicas manifestaciones la música religiosa... y la de baile, sin que podamos informar la forma en que ésta se producía".

Digamos, sin eufemismos, que el siglo XVIII sigue siendo una gran laguna de nuestra historiografía. Las pocas noticias anchas que de él tenemos indican, por ahora, que no se alteró fundamentalmente en nada la gestación pausada y descolorida de la conciencia puertorriqueña.

2.—BUSCANDO EL PUERTO

CUANDO se opera un cambio radical en los destinos de España, su levadura histórica nos toca de rechazo haciendo fermentar a nuestro pueblo. Esto ocurre en los comienzos del siglo XIX, en que hace crisis el gobierno de los Borbones, despierta la conciencia nacional para oponer resistencia a la invasión napoleónica, y cuajan las preocupaciones liberales en las Cortes de Cádiz trazando un nuevo derrotero político —el parlamentario— que llega a nuestros días. Abierta, por los fuertes sacudimientos de la metrópoli, una brecha en un costado de nuestro hermetismo, por ella escaparon las primeras revelaciones del pueblo puertorriqueño que constituyen el primer grito agónico de nuestra personalidad. Las instrucciones terminantes que da en 1809 el Ayuntamiento de San Germán a D. Ramón Power, primer puertorriqueño diputado a cortes, inician las demandas —el despertar— de nuestro derecho colectivo, que desde entonces hasta hoy han sido formuladas por los hijos del país.

"No era Puerto Rico en la primera década del siglo XIX —escribe Salvador Brau— el hato cerril descrito por O'Reilly en 1765. Con el aumento de empleados facultativos, la comunicación mercantil y las emigraciones de franceses y dominicanos, habíanse desarrollado ideas y procedimientos nuevos, favorables al progreso de la cultura". D. Ramón Power, que llegó a ser vicepresidente de las Cortes de Cádiz, empezó por obtener la anulación de las llamadas facultades omnímodas de los gobernadores, y otras reformas políticas como la creación de la Intendencia, separada del Gobierno General.

Pero en donde más cabalmente se ve el valor de la gestante conciencia puertorriqueña, es en la selección que hizo Power de D. Alejandro Ramírez, hombre de muchas luces y gran corazón, que vino a

Puerto Rico con el cargo de Intendente. La hacienda pública se encontraba por el suelo. Los famosos situados, que por muchos años venían a suplir su deficiencia desde las arcas de Cartagena y principalmente de Méjico, porque las de Puerto Rico no podían resistir por sí la carga del Estado, cesaron desde 1810 con el movimiento revolucionario iniciado allí por Hidalgo. A la llegada del Intendente Ramírez, las rentas del Gobierno producían 70,000 pesos; un año más tarde, después de implantar serias reformas económicas y abrir nuevos puertos al comercio, el tesoro público recaudaba cerca de 243,000 tan sólo en las aduanas. El fundador de la Hacienda puertorriqueña creó además nuevas fuentes de ingresos, reorganizó las viejas, fundó el *Diario Económico de Puerto Rico*, y la Sociedad Económica de Amigos del País que al poco tiempo y hasta el 1898 se convirtió en la fuerza más constante que tuvo nuestra isla para el fomento de su cultura.

Power murió en Cádiz, y para substituirle, el sangermeño José María Quiñones se trasladó a España para ver al déspota Fernando VII pisotear la Constitución (1814) y disolver las Cortes. El Intendente Ramírez logró obtener de este monarca la Cédula de Gracias, en virtud de la cual se establecía el comercio directo con el exterior y la admisión de extranjeros de naciones amigas, así como otros privilegios beneficiosos. En el 1816 se ausenta del país este gran benefactor en el cual se había apoyado la conciencia patria, dejando sus puertas abiertas a las numerosas emigraciones venezolanas que vinieron a insuflar nueva vida a nuestra cultura en desarrollo. En el alborerar de nuestra personalidad colectiva hay, pues, que escribir con piedra blanca los nombres de D. Ramón Power y D. Alejandro Ramírez.¹

Tropieza esta nueva manifestación de nuestra historia con una serie de inconvenientes que surgen en España, desde el absolutismo de Fernando VII, hasta la restauración de Alfonso XII. La nación descubridora tuvo que desplegar todo su interés para resolver problemas internos y luchas intestinas, y olvidándose naturalmente de los problemas coloniales, desoyó las protestas ultramarinas porque las guerras carlistas, las constituciones, los frecuentes pronunciamientos, los cambios de gobiernos —monárquico, provisional (1868), república

¹ Lo que fue Ramírez para nuestra Hacienda lo fue el Padre Rufo para nuestra instrucción, veinte años más tarde.

(1873)— la lucha religiosa, la guerra de Marruecos, etc., etc., exigían toda su atención.

No obstante, al través de este tupido cañamazo de contratiempos históricos, se fueron convirtiendo en estambres los hilos casi invisibles de nuestra naciente personalidad. Esa idea embrionaria que toma forma expresiva en 1809 fue equipando nuestra conciencia colectiva de aspiraciones, demandas, desengaños y logros, y haciendo cada vez más clara y precisa nuestra constitución de pueblo nuevo. El gesto inicial encomendado a Power atravesó en su evolución una serie de alternativas en que entran la aparición de la prensa independiente, diversos levantamientos populares, iniciación de la literatura nativa, abolición de la esclavitud, informaciones en Cortes, desarrollo de la instrucción pública, surgimiento de los partidos políticos, conciencia del deber de ser puertorriqueños antes que nada, fundación del Ateneo, etc., hasta que cuaja en la efímera autonomía concedida por España en el 1897. En cada jalón de esta conciencia gestante surgen las persecuciones, encarcelamientos, destierros, censuras a la prensa, atropellos y mordazas que más que atajar, favorecían el doloroso parto.

El hecho más significativo de este segundo período es el siguiente: en el siglo XIX se rompe la táctica de la política española y la idea insular se yergue entre videncias y precauciones frente a la idea peninsular. La actitud criolla responde más a una voluntad interior que a una presión exterior. Esta ganancia isleña tiene sus mejores soportes oficiales en los representantes nativos que empiezan a ocupar puestos en los cabildos. Ciertamente es que del gobierno municipal no logramos ascender al gobierno insular; pero desde los ayuntamientos empezamos a medir la fortuna de encauzar oficialmente nuestras aspiraciones y de ir creando la intimidad afectiva de la tierra caliente.

Los atropellos políticos, los impuestos excesivos, los aranceles exorbitantes, las trabas del crédito, el caciquismo, la usura, los privilegios y los vejámenes no pudieron realizarse desde entonces apoyados en nuestro silencio cómplice. Nuestra protesta le hizo frente a las dificultades; reclamamos identidad política con el ciudadano español; exigimos reformas y representación de los intereses locales "sin distinguos ni desviaciones de ningún género" para evitar el "régimen a centenares de leguas por entidades desconocedoras de nuestras necesidades locales". A la idea en conserva de la asimilación, opusimos

la idea liberal de la autonomía, y nuestros mejores hombres se empeñaron en salvar la distancia que existe entre la lealtad y el servilismo, conceptos considerados frecuentemente como sinónimos.

El nativo no renunció jamás a su españolidad puertorriqueña; se consideró siempre español *de acá* con ideas y reacciones distintas a los *de allá*. El puñado de separatistas no formó nunca ambiente; los liberales, reformistas, abolicionistas y autonomistas, formaban legión. A veces fueron injustos con España por el descrédito en que muy a menudo caía su administración en la isla. Y a pesar de que la nación descubridora estaba en la obligación moral de sostener a sus gobernantes, siempre se pudo hacer distinción entre el gobierno de allá y el gobierno de acá. Una cosa era España y otra sus mandatarios. Para emancipar nuestro gesto tuvimos muchas veces que enfrentarnos a ambos. Podíamos sufrir mejor ser colonia que presa.

Empezamos, pues, en el siglo XIX a labrar, manifestándola, nuestra diferenciación espiritual,¹ operando en la ya avanzada diferenciación biológica de los siglos anteriores, y cuando logramos tomar en nuestras propias manos las riendas de nuestro destino colectivo, la guerra hispanoamericana malogró el intento dejándonos a medio hacer y con el problemático inconveniente de empezar a ser otra cosa.

Un nuevo orden de ideas varía el rumbo de nuestra naciente personalidad, y en el siglo XX entra nuestra cultura en el período de transición en que aún estamos.

3.—INTERMEZZO: UNA NAVE AL GARETE

EN el siglo XX la aguja magnética de nuestro pueblo cambia de norte y se inicia una transformación que todavía es más externa que interna, pero que poco a poco va temperando nuestra intimidad. Un poco alejados de los hechos gruesos busquemos en las márgenes del tiempo actual, y no en la propia historia, los signos que mejor definen este período.

En 1898 nos encontró instalando a nuestro pueblo a la sombra de una carta autonómica que apenas llegamos a implantar. En los momentos en que íbamos a iniciarnos en una nueva vida política la guerra hispanoamericana malogró el intento y nuestro natural desarrollo sufrió un síncope. De una polarización europea pasamos sin sentirlo a una polarización norteamericana. El Presidente McKinley dio un jaque mate al Rey de España, y el tablero de ajedrez puertorriqueño ha sentido desde entonces que sus piezas se mueven en otras direcciones.

Entre estos dos estilos de vida nuestra personalidad se encuentra transéunte, en acción pendularia, soltando y recogiendo, en un ir y venir buscando rumbo, como paloma en vuelo y sin reposo. Emparedado entre dos tipos de culturas contrapuestas, nuestro pueblo se halla en un correoso período de transición. Pasamos de un Estado católico, tradicional y monárquico, a otro protestante, progresista y democrático; de lo sociológico a lo económico; de lo culto a lo civilizado.

Todo puertorriqueño que no tenga sus facultades empañadas por antagonismos e idolatrías tiene que reconocer el maravilloso progreso alcanzado en los últimos treinta años. La industria, el comercio, la agricultura, la riqueza pública se han expandido brutalmente y he-

¹ Complementario de este capítulo es el titulado "Afirmación Puertorriqueña". Aplazamos al lector para decir allí lo que aquí falta.

mos aprendido la técnica de los negocios y el secreto de la economía. Nadie podrá negar que la nueva civilización transformó halagadoramente nuestra existencia y que podemos actuar con mayor libertad y mayores garantías que en otras épocas. El cambio ha sido sorprendente, y proverbial el progreso. Tenemos más escuelas, más instituciones públicas, más sanidad, más profesionales, más carreteras que antes.

Debemos recordar a los lectores que el problema que aquí nos planteamos no es el de la civilización, sino el de la cultura. Las interferencias mutuas y colaboradoras entre ambos conceptos no autorizan a nadie a confundirlos. Si se atiende a lo que dijimos en el primero de estos ensayos se verá distintamente la separación entre ambos términos; separación que sancionan con su autoridad una serie de ilustres pensadores que empieza con Juan Jacobo Rousseau y acaba con José Ortega y Gasset. La cultura, que más que adelante es intensidad vital, no debe confundirse con la civilización; es asunto más cualitativo que cuantitativo. El número, símbolo de nuestra época, no logra atraparla por completo.

Frecuentemente suele medirse nuestra cultura de hoy por el avance económico, el estado sanitario, las vías de transportación, el volumen de las importaciones y las exportaciones, etc., etc., como si el progreso de la técnica y el maquinismo norteamericano fuese un termómetro a propósito para medir las temperaturas de un pueblo formado en otro clima moral. Abundan por ahí los escritores comparatistas que aplican a la presente realidad el más y el menos; como si el espíritu territorial pudiera reducirse a estadísticas. El mayor número, el tanto más, el dato oficial sirve de norma al confrontar el pasado y el presente.

Y el entusiasmo comparativo autoriza a un hombre razonador como el Dr. Juan B. Soto a sintetizar nuestra actualidad diciendo que "el progreso realizado en Puerto Rico en los últimos 27 años —la cita es de 1926— no tiene precedentes en la historia económica de la humanidad". Más adelante afirma que nuestra "civilización... y preparación... pueden ventajosamente compararse con la civilización de algunos de los pueblos más altamente civilizados del mundo". Todo esto a pesar de lo que se callan los comparatistas: si es verdad que tenemos más escuelas y más centrales y más oficios y más de todo,

no es menos verdad que también hemos aumentado fabulosamente el número de quiebras, de suicidas, de locos, de criminales, de tuberculosos, de fraudes, de peones y en general de infelices. El aumento de la población no justifica proporcionalmente el auge que ha adquirido nuestra desgracia colectiva.

Con sobrada razón dirán los comparatistas que hoy la escuela llega hasta las masas y que por lo tanto se ha reducido mucho el número de analfabetos. Nadie puede negar que la instrucción pública, como casi todos los factores de la vida contemporánea, se ha desarrollado en grande escala. Pero la dimensión más entrañable de la cultura no es la del largo ni la del ancho, sino la del espesor. La civilización es horizontal; la cultura, vertical. Si yo fuera a sumarme al grupo que todo lo define en términos del más y del menos, diría que hoy somos más civilizados, pero ayer éramos más cultos.

No vale asombrarse ante el número de profesionales que hoy tenemos, pues hay hombres cultos que apenas saben leer y escribir, y profesionales muy incultos que viven holgadamente de su profesión. Parece que el ideal de la enseñanza actual no es otro que equipar al hombre para que se provea de los menesteres cotidianos. Esta preocupación materialista debiera abochornarse frente al hermoso postulado de José de la Luz Caballero, que dice: "Educar no es preparar al hombre para las profesiones, sino templar el alma para la vida". Bien está que nos interese en la formación de ciudadanos; pero no está bien que descuidemos la formación de hombres. *Une tête bien faite* es a todas luces preferible a *une tête bien remplie*.

Nuestros pedagogos no han podido formular a sus anchas una filosofía de la educación que dispare nuestra juventud hacia un blanco fijo. ¿Adónde vamos? ¿Cuál ha de ser el status definitivo de la isla? ¿Estado federal? ¿República independiente? ¿Autonomía con protectorado? Hoy por hoy pertenecemos a pero no formamos parte de Estados Unidos, según frase jurídica, incubadora de incertidumbres. Sin la certeza de un futuro político estable, la escuela no ha podido lanzar al ciudadano puertorriqueño con definida orientación.

La inestabilidad del momento histórico que ahora vivimos se verá claramente en las fluctuaciones del bilingüismo. Fuera de toda disputa queda la necesidad y el deber de manejar a perfección ambas lenguas; y hasta sería muy conveniente que se aprendiera también

francés, alemán e italiano. Yo no creo que el aprendizaje de la lengua inglesa haya perjudicado en nada fundamental la pureza de la lengua hispánica. Las mellas que ésta sufre en su casticismo quedan sobradamente compensadas por el cariño y el esmero con que hoy se estudia. En cambio, el semiaprendizaje de todas las asignaturas en inglés va mermando el volumen de voces españolas y hay momentos en que hasta carecemos de vocabulario para expresarnos en conversaciones simples y elementales.

El problema, a mi ver, es más de cantidad que de calidad. El empobrecimiento de la lengua materna degenera en gangosa tartamudez, y al cabo de los años las consecuencias tienen que ser fatales para nuestra cultura. Hoy por hoy, y a pesar de la oficialidad del inglés, la lengua vernácula aún lleva la ventaja. Hay que evitar a toda costa el estancamiento, no a base de atacar el inglés en nombre del purismo, sino a base de defender el español en nombre del vocabulario. No hay que tener en cuenta la simpleza patrioterica que, de espaldas a la realidad de los hechos consumados en el '98, ataca apasionadamente la enseñanza del inglés, como si esa enseñanza no fuera una tabla de salvación para nuestro pueblo.

Ahora bien, si los efectos de la lengua oficial no han alterado fundamentalmente —al menos hasta hoy— el casticismo de la lengua hispánica, en cambio tortura el aprendizaje de las materias y desquicia el ánimo del alumno. La misteriosa levadura con que el idioma vernáculo hace fermentar diariamente el espíritu del niño, no cumple su misión: nuestra lengua materna no puede partear anhelos superiores en la muchachez porque en los años en que la ocasión le es propicia, la otra se interpone monopolizando el tráfico por las asignaturas. Así vamos perdiendo la dimensión más expresiva de la cultura: la profundidad.

Para evitar eso, el inglés ha de enseñarse como asignatura preferente, tal como se hace en otras partes en que ni siquiera tiene esa preferencia. Creo con Epifanio Fernández Vanga que "un niño que vive de dos idiomas no llega a ser nunca un *hombre doble*; se queda siempre en *medio hombre*". Las medianías, por civilizadas que sean, no pueden servir de referencia cuando se habla de la alta tensión de un pueblo.

Como en el siglo pasado no tuvimos la oportunidad de adiestrar-

nos en los asuntos del gobierno, con el cambio de soberanía caímos de bruces sobre la democracia y fatalmente hemos ayudado a fomentar la mediocracia. Afirma Bourget que la democracia hará perder a la civilización en hondura lo que gana en extensión. Cierto: el imperio del número, del justo medio, excluye accidentalmente la colaboración extraordinaria de los selectos. Con iguales oportunidades para todos, la plebe se ha sentido satisfecha al ver subir sus valores a costa del descenso de los hombres cultos. La astucia, la habilidad y la osadía hoy son atributos más eficaces que el mérito, la dignidad y los principios. Da pena ver en nuestro pueblo el retraimiento de hombres superiores que se aíslan en la oquedad de sus casas para defender su aristarquía del irrespetuoso predominio de los mediocres. Y este aislamiento defensivo no puede desgraciadamente volcar pautas provechosas en nuestro medio social.

La democracia, en crisis hoy en la mayor parte del mundo, ha establecido normas para beneficiar a los ineptos y regatea sus favores a los inteligentes. Una vez se nos dijo: los mejores hombres para los mejores puestos y parece que los mejores hombres estaban en la mediocracia. La democratización de la enseñanza pública provee para las mayorías sin amparar proporcionalmente a las minorías que se ven obligadas a rebajar sus aptitudes.

Y "este concepto —ha dicho nuestro educador Pedro A. Cebo-llero— pseudodemocrático del reparto de la cultura como se reparte una heredad, es decir, por partes iguales entre todos los causahabientes, resulta de una enorme absurdidad porque la capacidad para adquirir cultura no corresponde a la capacidad para adquirir propiedad, sino que varía de persona a persona". Lo mismo acontece en la vida pública. Si Ortega y Gasset fuera puertorriqueño, hubiese escrito su libro sobre *La Rebelión de las Masas*, veinticinco años atrás. Este igualar valores humanos trae consigo la confusión y el desorden que admirablemente sintetizó nuestro poeta Luis Palés Matos en una frase dolorosa: Puerto Rico: burundanga.

Aparte del cemento armado, de la ropa hecha y de las conservas en lata, tres ingredientes primordiales se han incorporado en este último período a nuestro pueblo: el sentido económico de la vida, una mayor participación en la cosa pública y la afición deportiva. El primero es responsable de medirlo todo en función de más y de menos,

como si cada cosa y cada actitud tuviera un precio en oro americano. El segundo se convierte en botín codiciado por todos los partidos y produce en nuestro cuerpo social los abscesos de la empleomanía. Y el tercero pone su nota de jovialidad en nuestra noche triste, desarrollando una juventud higiénica, alegre y batalladora. De estos tres ingredientes, el económico es el más imperioso y temerario.

Hay que reconocer que Estados Unidos es una nación progresista, organizadora y técnica. Su joven constitución atlética paga tributo a la modernidad. Comparada con España, lenta y conservadora, resulta mucho más rápida y actualizante. Lo actual es generalmente de índole pasajera. El acto de conservar lleva implícitamente aspiraciones de eternidad.

Las cosas de España envejecen más pronto porque, no siendo hechas para el instante, se emplea más tiempo y pericia en hacerlas y cuesta trabajo destruirlas cuando la moda y el progreso las quieren reemplazar con nuevos modelos. Una chimenea, una casa, una muralla, una carretera española posee condiciones de homenaje a la eternidad. Maravilla observar la gigantesca fortaleza de los viejos puentes de ladrillos que fueron contruidos en una época en que no se sospechaba la invención de los corpulentos camiones que hoy los cruzan agobiados de carga. Edificios antiguos, desafiando al tiempo, a los ciclones y a los terremotos, siguen prestando espléndido servicio a innumerables dependencias del gobierno insular y federal.

Hoy hemos perdido el ocio creador porque alguien nos dijo que el tiempo es dinero; y sin embargo ¡es tanto el dinero que perdemos! Nos domina una prisa eléctrica para hacer las cosas y, aunque en rigor queden mal hechas, lo que parece interesarnos es que estén a la moda y se hagan pronto. En muchas obras públicas llegamos a creer que el único interés en construir las es justificar la fiesta de inauguración. Hemos tenido épocas en que ofrecíamos a los ciclones una dieta segura en forma de escuelas rurales, y en que se construían puentes para verlos flotar sobre los ríos crecidos. En el campo doméstico, compárese la admirable longevidad de los muebles antiguos con la efímera vida de los actuales y se verá el cambio que entre nosotros ha sufrido el concepto del tiempo.

La misma diferencia que existe entre la danza, tenue y lenta, y el rápido fox-trot, existe entre la vida de ayer y la existencia de hoy.

El *no tengo tiempo para leer* es una excusa desoladora que cuenta con millares de afiliados. El materialismo reinante no da tiempo para hablar de los temas suntuarios de la cultura, pues si hay hombres audaces que se atrevan a hacerlo, no faltan los que consideren como pérdida de tiempo ese acto tan finamente espiritual. El arte de la conversación pura hace ya muchos años que está descalabrado. Hemos sufrido un lamentable déficit en nuestras visitas, tertulias y casinos, y es muy sensible la desaparición de los famosos centros de artesanos, oasis primorosos de la nobleza obrera.

Si el tiempo es dinero, digamos por nuestra cuenta que la prisa que atropella el espíritu del hombre es veneno. La relación social se encuentra en crisis porque carecemos de sosiego. En la vida oficial se habla hasta por los codos. En las barberías y en las boticas se cultiva el secreto a voces de la vida privada. Pero la conversación limpia y discreta no tiene hoy tantos prosélitos como la murmuración. En beneficio de aquélla, algún legislador debiera promulgar medidas higiénicas que regulen el charlatanismo. Si en realidad el tiempo no da para nada, vamos a restárselo a nuestros defectos para emplearlo entonces en beneficio de las viejas virtudes.

Lo que acontece con el factor tiempo, sucede también con su gemelo, el espacio. Los admirables medios de comunicación que hoy poseemos han encogido las distancias entre pueblo y pueblo. Tal parece como si la isla se hubiera empequeñecido. Las antiguas casas solarietas, con amplitudes de almacén, han dado paso a la hermética vivienda, apretadamente construida para economizar costoso espacio. Como todo se mide — y se cobra — escrupulosamente, hemos aprendido a montar unos pisos sobre otros, o en su defecto a hacinarnos antihigiénicamente en incómoda habitación. La hidropesía del censo, que amontona 485 habitantes en cada milla cuadrada, ha mermado el espacio dietético que la tierra tenía a nuestra disposición. No cabemos en nuestra propia casa y esta incomodidad interviene dolorosamente en el margen de euforia a que todo pueblo tiene derecho.

La especialización educativa reduce también el espacio espiritual en que se mueve el individuo. Hombre que en su preparación profesional no haya frecuentado con plausibles sacrificios otras zonas ajenas a su especialización, no comprenderá, como es su deber, las dificultades vencidas por los otros. Hay que romper violentamente la cárcel

de nuestra profesión y de nuestro oficio y agrandar el espacio mental y el afectivo para soltar el alma de su enchiqeramiento.

A la vera de nuestro interés particular florece el interés de los demás, que hay que tener en cuenta, si no queremos aumentar la incultura de los llamados cultos. El paisaje de la vida no se debe atravesar con anteojeras, so pena de acrecentar a nuestro pueblo su natural angustia. Se puede ser mecánico, o profesor, o médico, o *business man* sin desleales agresiones a la cultura.

Tengan en cuenta los comparatistas que no es posible llegar al fondo del espíritu colectivo en el torpe vehículo del más y del menos. El propósito objetivante de la estadística —método sin alma y ciencia sin conciencia— puede captar tan sólo la superficie de una realidad totalitaria, pero es incapaz de penetrar en el reino interior de un alma en pena. La estadística es la calumnia con que la ciencia suele vengarse del espíritu. Todo pueblo posee un repertorio de convicciones inefables, vivas y escurridizas, que no se puede reducir a número. No es posible encarcelar a los hombres en la incómoda jaula de un *standard*, fetiche que la democracia ha inventado para evitarse las complicaciones que suelen engendrar las diferencias.

Este afán económico y utilitario cercena desastrosamente, del presupuesto insular y municipal, aquellas partidas útiles que no dan un rendimiento táctil. La despreocupación oficial por los aspectos más finos de la cultura, despreocupación que neutraliza con su indiferencia las iniciativas particulares, se dejó sentir en el país desde el comienzo de la invasión. “Uno de los primeros actos del régimen (norteamericano), en Puerto Rico —dice D. Fernando Callejo— fue la supresión de todas las subvenciones de carácter artístico”. Al gobierno actual no le interesan las letras, ni la música, ni la pintura, ni cosa alguna en que intervenga el placer estético.

Una secretaría de Bellas Artes, en la administración actual, sería un hecho insólito. El gobierno no puede sostener esta clase de lujos, y no existe ni un mal museo, ni una academia de música, ni cursos oficiales de pintura, ni ayuda generosa para el Ateneo, ni interés por el arte popular, ni ninguna de las funciones espirituales que tan amorosamente amparaban, en el siglo pasado, las Ferias, las Exposiciones, los concursos públicos y el celo del gobierno.

Rarísimos son los municipios que en sus presupuestos demuestran

amor al libro. Es, además, muy cuesta arriba hacerles comprender que una biblioteca municipal es tan importante como una plaza de mercado o un matadero. El espíritu del bienestar de nuestros pueblos se encuentra en bancarrota. Antiguamente, innumerables poblaciones de la isla mantenían una exquisita vida social, en que alternaban los conciertos, las veladas, las retretas, las fiestas patronales, las compañías de aficionados, las tertulias caseras y las solemnidades religiosas. Humacao, Guayama, Juana Díaz, San Germán, etc., tan estremecidos por la cultura de antes, hoy son meros municipios. Mayagüez, centro de incontables peripecias culturales, hoy es una factoría. Sólo Ponce resiste, entre flaquezas, la contaminación anuladora.

Obsérvese el embotamiento de la sensibilidad en los medios artificiales con que hoy nos proporcionamos el máximo placer: no hay baile alegre ni comida buena si falta la embriaguez. Para que todo gozo espiritual no resulte una lata soberana tiene que presentarse el placer alcoholizado. El esparcimiento, además, se tornó negocio; hay que pagar por todo. Hasta las carreras de caballos, tan admiradas por la vieja afición puertorriqueña, se convirtieron en espectáculo retribuido, igual que las peleas a puñetazos. Por dondequiera que intentemos la fuga el imperativo económico nos sale al paso.

Frente a frente se encuentran, pues, dos estilos de vida de fondos muy distintos. No achaquemos a ninguno las condiciones universales que en cada época han prevalecido; muchos de los cambios que se adjudican en nuestro país a los norteamericanos, no provienen precisamente de ellos, sino de la época que los impone igualitariamente en Australia, en España, en Chile, en Puerto Rico... Cada transformación provechosa, venga de donde venga, es ineludible y necesaria. Todo pueblo que quiera mantener la sanidad de sus pulmones tiene que respirar aires de fuera.

Aunque hoy navegue a la deriva, nuestra personalidad no ha naufragado, como creen algunos pesimistas. Ni todo fue albricias ni todo es hoy abatimiento. Entramos en el siglo xx con un puñado de residuos inservibles y una buena cantidad de deficiencias sociales, que vamos corrigiendo merced al cambio de soberanía. Al mismo tiempo, la vida se nos corrompe dentro de un sórdido utilitarismo, y la cultura ha perdido sus mejores categorías por la plebeya depauperación intelectual a que la ha sometido la vulgaridad del presente. La transfor-

mación es responsable de la inestabilidad que hoy nos azora, y el dualismo con que opera nuestro pueblo es la mejor señal de su estado transitivo.

Ante las azogadas circunstancias de la hora muchas veces he pensado que la fisonomía moral de este momento está integrada por rasgos transéuntres y provisionales. Nos informamos y nos deformamos a un tiempo mismo, ganando y perdiendo con la metamorfosis. Toda mudanza implica una alteración más o menos intensa de los usos y costumbres y origina las vacilaciones que hostigan hasta las mismas normas fundamentales de la vida.

Termino llamando la atención hacia la necesidad de recoger, en apretado haz, las coincidencias vitales que integran el esqueleto de nuestra contextura moral. Para el fomento de la más pura ética, por la naturaleza de nuestro pueblo, el camino más corto es el de la estética. En estas horas de aguda crisis para nuestra cultura debemos cultivar la fe en nosotros mismos y preocuparnos por la producción de hombres egregios. Hay que cambiar los atractivos de la vida pública y ensanchar la significación de la política, hasta que se arrumben por completo sus repugnantes desequilibrios. Exigir de la prensa que cumpla su misión orientadora; de la Universidad, altos niveles de cultura, y de los hombres, sacrificio en el esfuerzo y abnegación en la dádiva. Carácter, suficiencia, comprensión, estímulos mesurados, coordinación de anhelos: he aquí los arriates para hacer los cultivos necesarios.

Puesto que estamos de mudanza hay que cuidar la propiedad. En trance como éste, la holgazanería es, además de censurable, corruptora. Si en esta crisis de nuestra cultura hacemos una recaudación de alientos superiores para cultivar una esperanza unánime; si limpiamos a las provincias de la vida pública de los espíritus vacíos, roídos de discordias y malquerencias; si levantamos el gravamen de tanto profesional inculto, disfrazado de eminencia cuando no pasa de ser un gacetillero, un curandero, un picapleitos, un maestro-escuela, un sacristán, o un alquimista; si atendemos, en fin, al huevo de nuestra conciencia colectiva, cuidando de las transformaciones de la oruga, hasta que sus anillos aseguren una movilidad independiente, relativamente propia, yo estoy seguro que en no lejano día veremos volar la mariposa.

IV

VIEJAS Y NUEVAS TARAS

3.—NOS COGE EL HOLANDÉS

ENTRE el mar Caribe y el océano Atlántico, Puerto Rico levanta su paralelogramo casi uniforme, rodeado por un roto collar de islotes pequeñitos, inhóspitos para la tertulia. Es la menor de las tres Antillas Mayores y el constante tutelaje de sus albaceas la ha mantenido muchos siglos en inviolable minoridad. Esta vieja niñez prolongada hasta el presente, regida por institutrices mandatarias, nos obliga a una reglamentación limitadora de la amistad antillana y por ende de la confraternidad hispanoamericana y universal. Nuestra minoría de edad nos separa del mundo.

La espléndida posición geográfica que en nuestros días es motivo de propaganda, ofreciéndose como punto de apoyo en el tráfico comercial aéreo entre Norte y Sur América, y como posible puente entre las dos culturas novomundanas, no recibió los favores que en otros tiempos dispensaron a Cuba y a Santo Domingo los gobiernos españoles por ser estas antillas hermanas más asequibles e importantes al desarrollo colonial. Nosotros quedamos al margen de las rutas europeas, empotrados en un aislamiento centenario que siempre entorpeció nuestras ansias de vinculación indoamericana. Apoyando a este forzoso confinamiento aparecieron cartas geográficas equivocadas e imprecisas, con errores de posición como las de Mercator 1625, las de Samson 1657 y 1697 y las de Juillet en 1703. Hacia el 1791 se publicó en Madrid por Tomás López un nuevo mapa que corregía plausiblemente las notables deficiencias de los anteriores y a su vez cometía otras. No obstante, éste fue el mejor de los publicados antes del siglo XIX. En ocasiones no constamos en los mapas: hemos vivido a merced de cartógrafos poco escrupulosos. Gajes de la pequeñez. ¿Os dais cuenta?

En el número de octubre, 1930, que el mensuario *Present-Day American Literature* dedica a Puerto Rico, hay un artículo en el que Harriet Wagner afirma con razón sobrada lo siguiente: *They* (se refiere a los niños de las escuelas) *have an unusual interest in far away places and like to go to the map*. Aparte del natural interés que en todo niño despiertan las tierras desconocidas hay en esta actitud infantil todo un melancólico proceso de apartamiento perpetuo que tiende a subsanarse con un interés inusitado en las clases de geografía. El mapa que estudiamos con solicitud y cariño es una secreta válvula de escape por la que sale inconscientemente nuestra presión emigratoria.

En los primeros treinta años de colonización se dictaron las primeras disposiciones drásticas que pusieron a raya el desplazamiento insular. México y el Perú, con sus riquezas fabulosas, incitaban a los viejos pobladores de la isla a emigraciones salvadoras que no pudieron realizar. "Fuéle preciso a Obando —afirma el historiador Brau— para evitar la despoblación, amenazar con pena de horca a cuantos intentasen ausentarse. Aun así, escapáronse algunos secretamente en un barquichuelo a la isla de Mona; hubo de correr tras ellos el enérgico gobernador, azotando a unos, y abriendo heridas en las plantas de los pies a otros para contenerlos".

Sujetados al peñón por los garfios de esas heridas, permanecemos paralíticos y endebles dentro de las fronteras insulares, hasta que en el siglo XIX fue un verdadero acontecimiento histórico ver salir unos jóvenes puertorriqueños con la ayuda del Padre Rufo y luego regresar de España, diplomados, ejerciendo en las escuelas del país hasta que un gobernador sin conciencia los despojó de sus cátedras arbitrariamente. Todavía hoy leemos con asombro el relato del puertorriqueño Alonso Ramírez que, para romper gloriosamente la regla del confinamiento, le dio la vuelta al mundo en el siglo XVII.

Las conquistas de México y del Perú imantaron el tráfico colonial, y Puerto Rico quedó rezagado del movimiento marítimo. El raquítico comercio exterior estaba circunscrito a los puertos de Cádiz o Sevilla y el de San Juan, y la comunicación se hacía tan de tarde en tarde, que era motivo de regocijo popular la presencia de barcos en el puerto. El 20 de mayo de 1662 aseguraba el Maestre de Campo D. Juan Pérez de Guzmán, que hacía once años no llegaba a Puerto Rico un barco mercante de España. En las *Misceláneas Puertorriqueñas*

de D. Pedro de Angelis, topamos con esta declaración desoladora: "En todo el año 1738 no llegó a la isla un solo buque de la península". Del segundo cuarto del siglo XIX afirma Alejandro Tapia en sus *Memorias*: "¡Qué novedad era la llegada de algún barquichuelo de San Thomas, cargado de mercancías! ¡Qué movimiento y animación!... La ciudad se reanimaba como si se tratara de fiestas reales o jubileo, siempre que acontecía una introducción semejante... San Thomas era en aquel tiempo nuestro Liverpool, nuestro París en esa materia". En el aislamiento impenetrable en que vivía nuestra colonia, ponía una nota pintoresca la visita de cualquier barco anunciada clamorosamente a campana herida, mientras el pueblo se aglomeraba en la bahía gritando entusiasmado: "¡Velas! ¡Velas!".

De esta afortunada visión capitaléña no participaban otros pueblos costeros, cerrados por disposición gubernativa a todo comercio exterior. Tardíamente fueron abriéndose nuevos puertos, con sanción oficial, y clandestinamente nuestra necesidad fue perforando todos los litorales a espaldas del Gobierno.

Vivíamos aislados, "no siendo de extrañar —según dice José G. del Valle— que los más importantes sucesos de los pueblos, supiéranse en San Juan un mes después de haber ocurrido; y que la llegada de un correo de la metrópoli o de algún buque extranjero con correspondencia, constituían acontecimientos extraordinarios que durante varios días eran la comidilla pública".

La falta de caminos llevaderos que comunicaran con San Juan, la facilidad con que podían canjearse productos en las costas no vigiladas, y la preferencia otorgada a las mercancías extranjeras por ser superiores y más baratas que las españolas, empujaron a la colonia a un activo contrabando que por mucho tiempo sirvió de estímulo a nuestra triste condición de empotrados. El trato ilícito, burlador de aranceles, era un gran ventanal abierto al progreso del mundo. Su gran utilidad quedó discretamente reconocida en la célebre *Memoria* de D. Alejandro O'Reilly, cuando en 1765 escribe lo siguiente: "En el día han adelantado alguna cosilla más —se refiere a los habitantes de Puerto Rico— con lo que les estimula la saca que hacen los extranjeros de sus frutos, y la emulación en que los van poniendo con los listados, bretañas, pañuelos, olanes, sombreros y otros varios géneros que introducen, de modo que este trato ilícito, que en las demás partes de

América es tan perjudicial a los intereses del Rey y del comercio de España, ha sido aquí útil". He aquí cómo nuestro aislamiento se vio forzado a iniciar relaciones de contrabando, a espaldas de San Juan, única entrada oficialmente abierta a la amistad del mundo.

Por ese único resquicio sancionado penetraron en el siglo último ramalazos de cultura y millares de emigrantes que aumentaron considerablemente nuestra población. En lugar oportuno recogimos ambos asuntos que, no obstante su valiosa aportación, no aminoran el encogimiento general del presente. Yo recuerdo mis años de muchachez, en un pueblo céntrico de la isla, en que venir a San Juan era un verdadero acontecimiento. En las múltiples visitas que a nuestros campos hiciera en 1927 el notable filólogo don Tomás Navarro Tomás tropezó con muchas almas que jamás habían salido de la región campesina en que aún viven. Por otra parte, se puede afirmar sin graves dudas que el mayor por ciento de los puertorriqueños no conocen medianamente a Puerto Rico. Esta observación, que puede ser válida para otros pueblos de mayor geografía, adquiere fuerza singular dentro de nuestros pequeños límites geográficos, cruzados hoy por buenas carreteras. Ciertamente es también que con las modernas facilidades de comunicación, nuestra apatía por el viaje interior ha desaparecido un poco, pero nunca lo bastante para afirmar que nos conocemos plenamente. Y en lo que atañe al exterior todavía se puede decir que, con excepción de la ruta norteña, ignoramos otros caminos internacionales y permanecemos aislados del mundo con nuestras plantas enconadas por la sangría que sufrieron en el primer intento emigratorio. El problema adquiere sus cabales dimensiones cuando lo enfocamos desde el punto de vista de la cultura.

Ayer no más hablábamos de la escuela española; hoy de la escuela norteamericana: nuestra actitud ha sido la de un paciente. La escuela puertorriqueña ha quedado como un tema pendiente en la escala de las aspiraciones, sin poder saturar la atmósfera en que debe flotar el alma del pueblo. Y si éste es producto de aquélla, y aquélla debe ser producto de éste, ni la escuela ni el pueblo han podido fundarse y desarrollarse dentro de las necesarias circunstancias de amplia soberanía, que tiene como único imperativo a la voluntad popular. Obedientes —minoridad, aislamiento— a las órdenes continentales, superiores a nuestro deseo, no hemos podido cumplir en estas lejanías

con las invitaciones culturales que el mundo nos dirige. Sordos por obligación a estos reclamos, seguimos, en este municipio del Caribe, alimentando ideas de superación y de intercambio para cumplir la misión histórica que nosotros mismos seamos capaces de acometer, sin que nos la fijen voluntades extrañas.

Plurales son las teorías que conocemos sobre la misión especial de las islas. Desgarradas de los núcleos continentales, mares procelosos eternizan su divorcio. Doctrinas optimistas asignan a las islas ejecutorias superiores a las que históricamente cumplen, ancladas fatalmente en medios geográficos de variable estrategia política, económica y cultural. Desde la resonante *Atlántida*, de Platón, hasta las últimas elucubraciones contemporáneas, la literatura isleña ha barnizado con admirativas prosopopeyas la angustia trágica en que se desarrolla la vida insular.

El notable pensador granadino Angel Ganivet, al discernir a la europea sobre el espíritu territorial nos cortó un traje que nos queda demasiado ancho. De seguro que pensaba en Inglaterra cuando escribió lo siguiente, en su *Idearium*: "Comparando los caracteres específicos que en los diversos grupos sociales toman las relaciones inmanentes de sus territorios, se notará que en los pueblos continentales lo característico es la resistencia; en los peninsulares, la independencia, y en los insulares, la agresión. . . El insular sabe que tiene su defensa más firme en su aislamiento; podrá aceptar una dominación extraña si carece de fuerza para mantener su independencia; pero de hecho es independiente y sabe, además, que la fuerza de caracterización de su suelo insular es tan vigorosa que si algunos elementos extraños se introducen en él, no tardarán en adquirir el sentimiento de la autonomía".

Políticamente, desde que aparecimos como tierra a los ojos descubridores del Almirante, nuestra isla ha sido una prolongación jurídica del continente. Y cuando al través del tiempo la trasplatación continental fue adquiriendo sus signos diferenciales y propios y la asimilación de diversas culturas y tipos raciales fue creando un elemento autóctono enraizado en el subsuelo de la ínsula, el nuevo tipo del boricua no va a mostrar el desplazamiento y la agresión como carácter específico sino más bien la resistencia y la concentración para presentar un frente defensivo. Y como nunca tuvimos participación directa en el establecimiento de relaciones internacionales, que al través del

comercio y la cultura hubieran ensanchado nuestra actitud mental, hemos permanecido apretados al centro sin poder desprezear nuestro encogimiento en la atmósfera de otros pueblos. Hasta muy entrado el siglo XIX la soledad isleña fue desesperante.

Hacia 1831, D. Pedro Tomás de Córdoba, en sus magníficas Memorias, afirma que "La multitud de corsarios que infestaban estos mares tenían *arruinada* totalmente la industria mercantil y apenas había adelanto en la agricultura. . . Existía una *estancación* en los negocios y una parálisis en el cuerpo político que *dificultaba* la marcha del Gobierno y producía la *consunción* a que fue la isla desde dicho período hasta 1824, de una manera rápida". Estancación, parálisis, dificultad, consunción: he aquí las consecuencias de nuestro trágico aislamiento ". . . la casi incomunicación en que vivía Puerto Rico respecto de las demás colonias españolas —dice D. Marcelino Menéndez y Pelayo— bastan para explicar la ausencia de tradiciones literarias en la isla durante tres siglos".

Nuestra más firme defensa no está en el aislamiento, como afirma Ganivet. Abierta por sus cuatro costados a la codicia aventurera y conquistadora, nuestra isla fue fácil presa de piratas y expediciones internacionales, y tuvimos de defendernos solos, isla adentro, desde los mismos tiempos de la conquista, ya que el poder naval de España no dominaba estos mares y luego resultamos una posesión insignificante, comparada con los riquísimos imperios de los aztecas y de los incas. Propicia para ser invadida, jamás demostró la ínsula capacidad invasora. Aislamiento y pequeñez geográfica nos han condenado a vivir en sumisión perpetua, teniendo como única defensa no la agresión, sino la paciencia con que se han caracterizado nuestras muchas e inútiles protestas cívicas.

Y esta soledad, mordaza del derecho, que nos amputa de los fraternos núcleos intelectuales y nos desvía de las nuevas corrientes del pensamiento que agita la conciencia del mundo, constituye aún hoy, una de las señales más represivas de nuestra cultura y un factor explicativo de nuestra personalidad carbonizada. Vivimos oficialmente en perpetua comisión, respirando legislación. Nacimos y crecimos en colonia y en colonia pensamos y actuamos esperando una patria por prescripción. Nuestra aguja vital ha oscilado siempre entre dos puntos extramurales: Madrid y Washington. A esa distancia nos han tomado

el pulso; de allá nos ha venido el recetario. Nuestra temperatura nacional ha estado condicionada por climas históricos que no son tropicales. Pendientes de esa función metropolitana nos hemos desentendido del mundo: el Real Decreto y las disposiciones del Congreso han sido el imán de nuestra atención. Todo lo demás nos parece superfluo.

Puerto Rico ha vivido ficticiamente una vida histórica, ajena a su naturaleza étnica, teniendo que reaccionar por acción refleja, en virtud de estímulos y acontecimientos que no nacieron en el fondo de nuestra conciencia colectiva. Una extraña legislación vigilante impone rumbos a su natural proceder cívico, y ante fronteras limitadoras de su espontaneidad, ha tenido que ir canalizando su naturaleza, de acuerdo con estilos ajenos a la misma —Cortes de Cádiz, Guerra Europea. La constante tutela disciplinaria ha condicionado nuestras características diferenciales (en cierta ocasión un gobernador nos prohibió llevar bigote) y hemos tenido que reconcentrar la visual en nuestra propia persona, abandonando por completo la contemplación de los pueblos que nos rodean. La historia de Puerto Rico ha tenido que desarrollarse en actitud defensiva, replegándose sobre sí misma, guardándose hacia adentro para evitar sorpresas estratégicas. Para defendernos de piratas amurallamos la ciudad capital, y aunque en 1897 se derribaron las paredes para facilitar el ensanche urbano, no hemos podido, sin embargo, destruir las murallas espirituales para facilitar el ensanche cultural. Todavía rige aquella frase explicativa que en el 1644 escribió Damián López de Haro, obispo de Puerto Rico: "aquí estamos tan sitiados de enemigos que no se atreven (los puertorriqueños) a salir a pescar en un barco, porque luego los coge el holandés". El pirata, que nos mantuvo a raya —hay que decirlo de una vez—, no siempre ha sido de nacionalidad holandesa. Lo cierto es que no hemos dicho nuestra palabra por temor a que nos coja el holandés.

El cinturón de mar que nos crea y nos oprime va cerrando cada vez más el espectáculo universal y opera en nosotros un angostamiento de la visión estimativa, en proporción al ensanche de nuestro interés municipal. Imantados hacia adentro, atropellados en una densidad de población de 485 habitantes por milla cuadrada, vivimos impasibles, fundidos en nuestra abulia, creyéndonos el centro del mundo, empotrados en este rincón de las Antillas, lejos de todo ritmo hispanoamericano. Regidos por un perpetuo compás de espera, permane-

mos en actitud interrogante, sin encontrar la orientación definitiva sobre la cual plasmar nuestras aspiraciones. La última moda que aprovecha la posición geográfica y el injerto anglohispano es predicar nuestra misión de intérpretes de las dos culturas del nuevo mundo: labor de medianeros que nos coloca como árbitros diplomáticos —*amicus curiae*— en el acre debate intercontinental. La misión es altruista, siempre que no corramos el peligro de convertirnos en puente para que todo el mundo nos pase por encima. Teléfono, eslabón pasivo, laboratorio de experimentación, policías del tráfico panamericano: habrá que aceptarlo si no reaccionamos, pero a cambio de respetar nuestras propias inclinaciones, sin contrariar la libre y natural emergencia del boricuismo, que a la larga será nuestra contribución autóctona a la cultura.

Pendiente de la sanción oficial no hemos auscultado nuestra vocación para averiguar el estilo de vida que nos conviene cultivar. La juventud es la llamada a esclarecer nuestros altos menesteres: descos-trando la turbamulta de conceptos elementales, adheridos cómodamente a nuestra periferia colectiva, ha de buscar en los repliegues de nuestro vivir aquellos puntos concretos en que se apoya nuestra personalidad; y olvidando la serie alborotada de congojas públicas que conviven en todo pueblo en gestación, lanzar a voleo sobre nuestras murallas oficiales las larvas de nuestra esencia productora. Este desplazamiento tónico pondrá un rayo de luz sobre nuestro destino y reducirá esa hurañez ante inquietudes universales, que tan provechosas son para los logros de la cultura.

Capacidad comprensiva, dilatación, ensanche, urbanización mental que nos obligue a abandonar la cripta de nuestra postración político-económica. Un poco de ejercicio —aprendizaje del extrarradio— acabará con nuestra rigidez. Romper las murallas de este aislamiento, para mirar en torno, es el deber de la juventud puertorriqueña.

Para que el mundo nos conozca y nos potencie hay que dejar de ser Robinson Crusoe. Salgamos a pescar, aunque nos coja el holandés. ¡Puede que alguien regrese un día con las redes llenas!

consumir exclusivamente la música que no hemos producido. Sigamos acrecentando el volumen de la exquisita música importada, pero pensemos también en ayudar a producir la que nuestro país debe producir

A nuestra condición de consumidores hay que aparejar la de productores. El momento es propicio y hay que aprovecharlo para incorporar a Puerto Rico a la corriente creadora de la música contemporánea. Igual en la poesía, igual en la prensa, igual en todo: crear en nosotros para poder crearnos.

Y la mejor manera de crearnos es padeciendo debajo del poder de la cultura. La improvisación casual tiene peligros inminentes, porque los pueblos no se forman con pensamientos feriados y conceptos opulentos: han de tornarse harina en el molino de los aprendizajes. Empecemos por desempolvar el pasado para despejar el horizonte y sobre él aparecerá, para quien la gane y la merezca, la estrella de Belén.

Podéis pensar, jóvenes de mi tiempo, que la historia empieza ahora, que sois vosotros los llamados a llenarla, a darle el contenido ideal que todo hombre puro quisiera para su patria. Si queréis ser leales con vosotros mismos y leales con las demandas del momento en que vivimos tenéis que maniobrar por todos los caminos de la historia y cifrar con esmero vuestra conducta, para que algún día caiga satisfecha en sus anales. De lo contrario seréis siempre una juventud cronológica, cargando sin remedio con vuestras arcas vacías.

Atended al *divino tesoro*, pues el título más alto se puede convertir en mote.

INDICE

	Pág.
Prólogo	7
I. LA BRUJULA DEL TEMA	15
II. BIOLOGIA, GEOGRAFIA, ALMA	
1. El hombre y su sentido	25
2. La tierra y su sentido	35
3. Alarde y expresión	44
III. EL RUMBO DE LA HISTORIA	
1. Levando el ancla	61
2. Buscando el puerto	67
3. Intermezzo: una nave al garete	71
IV. VIEJAS Y NUEVAS TARAS	
1. Tablero de ajedrez	83
2. Nuestro retoricismo	93
3. Nos coge el holandés	102
V. LA LUZ DE LA ESPERANZA	
1. Afirmación puertorriqueña	113
2. He aquí las raíces	126
3. Juventud, divino tesoro	137